BRUGUERA

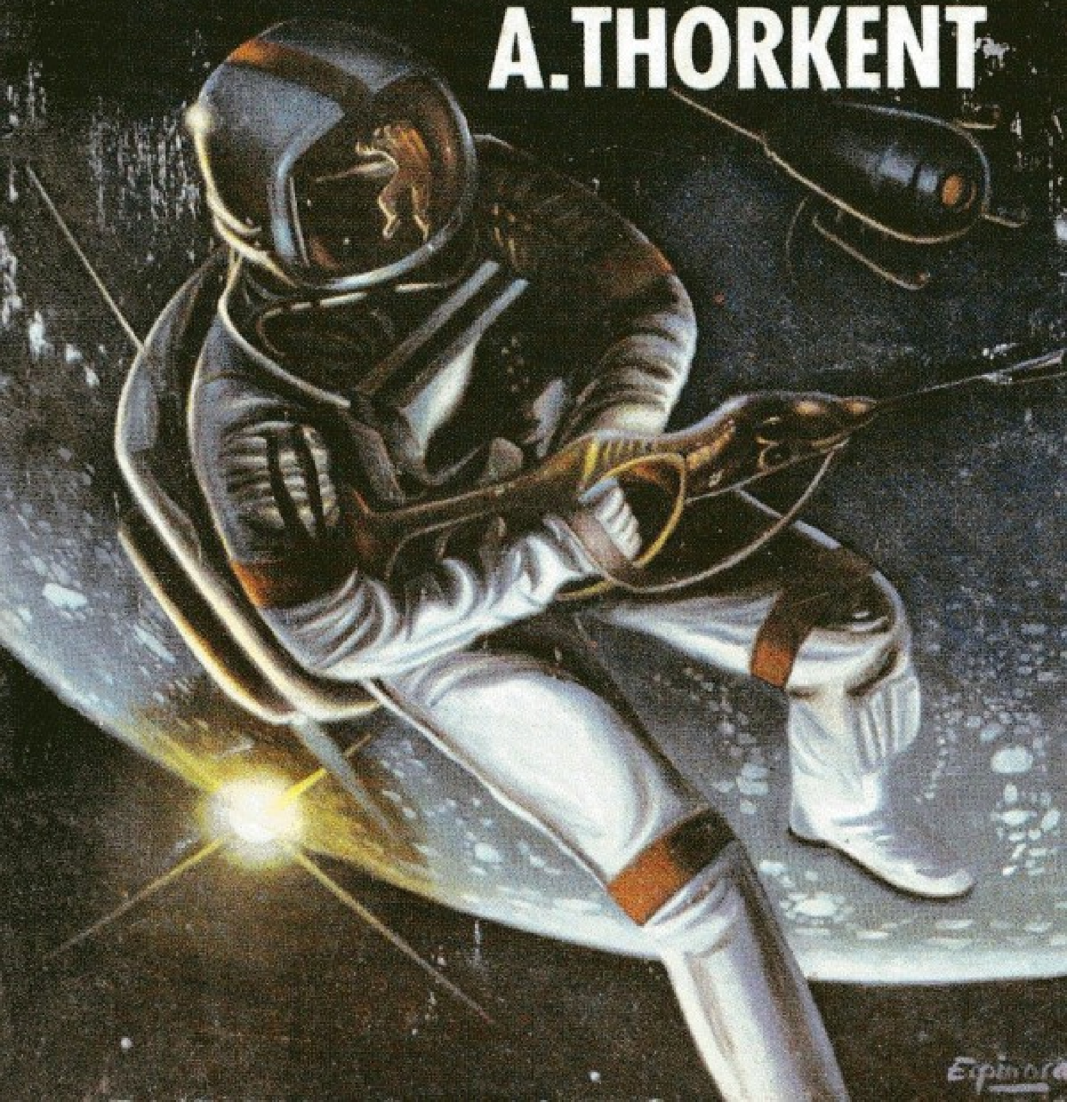
BOLSILIBROS

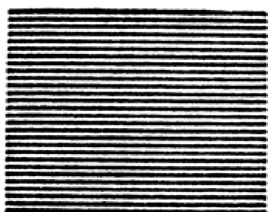
FUTURO

HEROES DEL ESPACIO

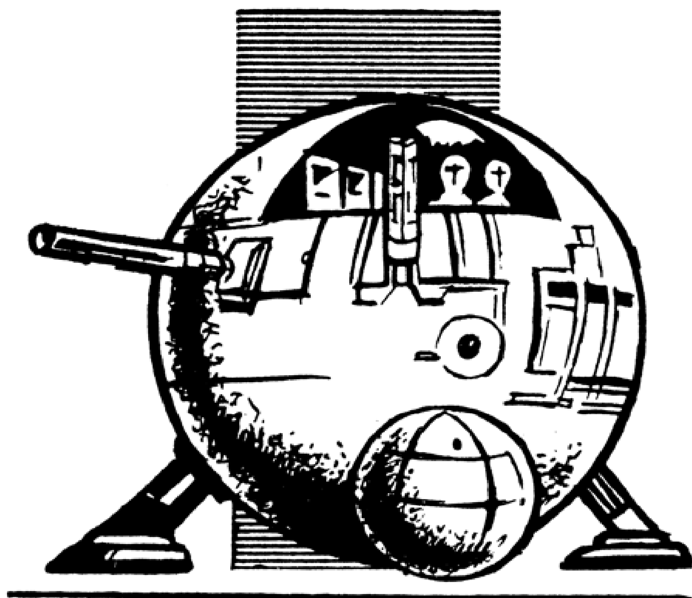
CAMINO ABIERTO A LAS ESTRELLAS

A. THORKENT





héroes del ESPACIO





ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

173 - *Escalera al infinito* - Clark Carrados
174 - *Guerra de cerebros* - Joseph Berna
175 - *Espada y brujería* - Lem Ryan
176 - *Enemigo de la Cofradía* - A. Thorkent
177 - *Alarma en Palaos* - Kelltom McIntire

A. THORKENT

Camino abierto a las estrellas

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 178
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRES. 5 BARCELONA

ISBN 84-02 09281 0
Depósito legal: B. 26.349 – 1983

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en España: septiembre, 1983
1ª edición en América: marzo, 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera. S. A.
Parets del Vallès (N-152. Km 21.650) Barcelona – 1983

CAPÍTULO PRIMERO

Para el general Hagmon los tres hombres que tenía delante y le miraban fijamente parecían, en lugar de los miembros de la comisión senatorial, sus jueces, dispuestos a dictar una sentencia implacable contra él.

De soslayo, mientras terminaba de ordenar papeles, escrutó a Burton, senador por Virginia. Le habían advertido que sería el más duro y anotó mentalmente que no se dejaría amilanar por aquel tipo obeso con aspecto de alcohólico irrecuperable.

Harriman, de Albany, era físicamente el polo opuesto a Burton, alto y delgado. Tenía la apariencia de un *lord* inglés, pero ya conocía que por su forma de hablar echaba por tierra tal suposición.

El tercero, Powells, de Dakota del Norte, era pequeño y las gafas con montura de oro resbalaban constantemente por su larga nariz aguileña, que él insistía en levantar una y otra vez. Hagmon no disponía de muchos datos acerca de Powells y el comportamiento del senador por Dakota del Norte le resultaba un enigma.

Acabó de ajustar los papeles y miró por encima de ellos a los tres hombres.

Hagmon sonrió levemente. Jamás dibujaba una sonrisa amplia y sus hombres decían que todavía no había aprendido a reír.

—Señores, podemos empezar —dijo.

—Ya era hora, general —gruñó Burton secándose el sudor, que nunca dejaba de manar por su frente, con un enorme pañuelo—. Jesús, ¿es que falla el aire acondicionado de este maldito subterráneo?

—Vamos, James —rio Harriman mientras encendía un pitillo—, el calor que sientes está dentro de tu organismo.

—Indudablemente —corroboró Powells sin volver la cabeza—. Te advertimos que no molestaras tanto a la azafata. La pobre se agotó sirviéndote un burbon de tras de otro.

—Iros al infierno —replicó Burton.

El general Hagmon puso los codos sobre la mesa y cruzó los dedos. En su larga vida profesional había tenido que enfrentarse a muchas comisiones del Senado; conocía a los tipos como aquéllos.

Siempre se preguntó cómo podía funcionar la nación con ellos.

Se echó hacia atrás y expulsó aire en silencio.

—Acaban de comunicarme, señores —dijo pausadamente—, que nuestros hombres han llegado hace unos minutos. Estarán aquí en breve. Mientras tanto he pensado que podríamos usar este tiempo en contestar yo a sus preguntas. Me imagino que tienen muchas que hacerme, pese a que todos los datos más relevantes estaban contenidos en el informe que se les entregó durante el vuelo.

—Un vuelo pésimo —se lamentó Burton.

Hagmon se dijo que aquel senador podía achacarle a él también las deficiencias del vuelo que le llevó a Nevada desde la capital.

Harriman carraspeó discretamente, atrajo la atención del general y dijo:

—Señor, no hemos tenido ocasión de inspeccionar la base.

—Es cierto. Fueron conducidos aquí directamente.

—Quiero decir que nos gustaría, al menos a mí, revisar los sistemas de seguridad después de la entrevista con los hombres que usted ha elegido.

—Un momento —dijo Hagmon alzando una mano—. Esos dos hombres no fueron elegidos por mí.

—Creí…

—Creyó mal, senador Harriman. Me proporcionaron una lista de ellos, de los más eficientes. Me limité a señalar a cinco. Luego, según otras recomendaciones añadidas, el presidente punteó a la pareja que según su criterio merecía ser convocada aquí. De todas formas dejó que ustedes tres, la comisión senatorial, dictaminasen la última palabra. En cuanto a su referencia respecto a la seguridad de la base, permítame decirle que es una de las mejores de que disponemos. Además, fue reacondicionada especialmente para la misión que ha de desempeñar.

—Lo ignoraba, general.

—Esto es más seguro que Fort Knox, amigos —rio Powells.

—Es que lo que guardamos puede valer más que nuestras reservas, señores.

—¿Una nave hueca? —sonrió Burton.

— No es una definición correcta, señor —indicó el general.

—Para mí no es otra cosa que un casco construido con un metal extraño, eso lo admito —Burton empezó a levantar el tono de voz—.

Ha sido humillante tener que conceder tanto a ese tipo llamado Gómez. Me río de las mentiras que se han usado para explicar al mundo cómo nuestro Gobierno ha accedido a levantar el embargo a esos miserables izquierdistas de Atagua.

—No se altere, señor Burton…

—¿Que no me altere? —El senador apuntó al general con un dedo —. Sepa que mis electores están furiosos. Se han esfumado las indemnizaciones y las compañías no volverán a Atagua. Por el contrario, se ha concedido un crédito de doscientos millones de dólares a los usurpadores del poder legal de Atagua.

Hagmon se acarició los labios. Con aquel gesto quería impedir que los miembros de la comisión vieran la sonrisa que se esforzaba por dibujar sus labios.

Sabía que Burton representaba al grupo de financieros que pidieron las concesiones en el pequeño país latinoamericano. Durante dos años habían estado presionando para que el Departamento de Estado aumentase más el boicot sobre Atagua, incluso dieron dinero para ayudar al derrocado dictador a volver y alzarse en armas. El general se encogió de hombros, recordando que él mismo remitió su informe negativo respecto a la intervención militar. En Atagua sólo había bananas. Ni una pizca de petróleo. ¿Para qué soliviantar más a las naciones sudamericanas por unas frutas y algo de mineral?

Pero Burton pensaba en los votos… y en algo más. Allá él. Por su parte no pensaba preocuparse por el asunto. Sólo debía ocuparse del Proyecto que el mismo Presidente bautizó con el nombre de «Más Allá». ¿En realidad conseguirían alcanzar las estrellas con el objeto llevado a los Estados Unidos desde Atagua a cambio de algunos millones y la promesa gubernamental de no inmiscuirse más en los asuntos internos de la pequeña nación?

Particularmente, Hagmon no tenía muchas esperanzas depositadas en la nave encontrada en las montañas de Atagua.

Seguro que el Presidente no había cogido con agrado la elección de Burton para formar la comisión, pero ya no había remedio y aquel tipo sudoroso estaba allí, para incordiar más que nada.

Harriman carraspeó y atrajo la atención de todos.

—Señores, debemos ceñirnos a la cuestión que nos ha sido encomendada.

—Una sugerencia razonable, Burton —dijo Powells—. Vamos, olvida de una vez a tus electores. Estábamos hablando de la seguridad de esta base.

—Y yo les dije que podían preguntarme algo —dijo el general. Miró fijamente a Burton—. Debo advertirles que no podré contestar asuntos políticos... ni económicos.

—Al parecer no aprendimos lo bastante con los casos de Cuba y Nicaragua —barbotó Burton—. Nos estamos volviendo débiles y...

—Basta ya, Burton —le atajó Harriman. Se volvió hacia el general y añadió—: Quería preguntarle, general Hagmon, si en Atagua también se mantendrá en secreto el hallazgo. Sé que por nuestra parte nadie se enterará, pero guardo recelos respecto a los ataguayos. Ellos poseen una información importante, que los rusos les pagarían a buen precio. Podrían no conformarse con nuestro crédito, el desbloqueo de los depósitos ataguayos colocados en los Estados Unidos desde antes de la caída del dictador y nuestras garantías de no tolerar en Florida el adiestramiento de los antiguos miembros de la guardia nacional del derrocado general Francisco Guzmán.

Hagmon consultó unos papeles del montón que tenía guardados en una carpeta. Con calma, dijo:

—Precisamente, uno de los hombres que esperamos podría ampliarnos esa cuestión.

Burton echó un vistazo a sus documentos.

—¿John Skawa? ¿No fue el hombre que encontró la reliquia?

—Exactamente. El Presidente ha considerado oportuno que él sea uno de los dos elegidos para ocuparse de... la reliquia, como usted la llama.

—Me entran ganas de reír al llamarla nave, general.

—Un poco de humor no vendría mal en esta reunión, señor Burton.

Harriman y Powells se echaron a reír y Burton gruñó unas imprecaciones, agitando las manos en ademán despectivo hacia sus colegas.

Hagmon sonrió. Había comprendido que Burton no era apreciado por los otros dos senadores, y se alegró. Si la comisión estaba dividida todo sería más fácil para él.

Burton arrugó el ceño al seguir leyendo.

—El otro... Bueno, debo decir la otra. ¿Por qué una mujer? ¿Una

concesión a las feministas?

—Por Dios, senador Burton —sonrió el general—. ¿Cómo van a intervenir en este caso las feministas si en la base, aparte de ustedes, sólo yo conozco las posibilidades del hallazgo?

—Era un broma —se disculpó Burton poniéndose colorado. Sus compañeros ahogaron a duras penas las risas—, ¿No quería usted un ambiente más relajado?

—Sí, gracias. Se lo agradezco. La señorita Carla Rossi es considerada como parte vital para el Proyecto, como podrán ver más adelante. La presencia de una dama tranquilizará a la persona en quien confiamos nos preste una valiosa ayuda.

—Todo esto parece un cuento de ciencia ficción —Burton meneó la cabeza—. Hollywood está filmando demasiadas películas de extraterrestres.

—¿La señorita Rossi es americana? —preguntó Harriman.

—Si. Tercera generación. Probada reserva. Ha trabajado desde hace cinco años en el Pentágono como intérprete. Tiene experiencia en temas de seguridad. Jamás se le ha detectado ningún escándalo, por mínimo que sea.

—Debe ser horrible —susurró Harriman apuntando algo en sus notas.

Hagmon esbozó media sonrisa. La sorpresa de los senadores seria grande, se dijo.

La puerta de la habitación se abrió y apareció un soldado que después de saludar anunció:

—Señor, las personas que esperan aguardan fuera.

El general respondió:

—Que pasen.

El soldado se retiró y cedió el paso a un hombre alto, de andar flexible, casi felino. Vestía un traje de hilo y llevaba desabrochado el cuello de la camisa, la corbata deshecha y un gesto de cansancio en los ojos. Su piel oscura brillaba ligeramente a causa del sudor.

—Que me aspen —gruñó Burton en voz baja, pero no lo suficiente para que el general no le oyera—. No he leído en el informe que Skawa sea negro.

—¿Era importante, señor Burton? —inquirió el general.

El senador contestó con un ronquido. Iba a volver la cabeza para no mirar al hombre, pero tuvo que mantenerla para observar a la

chica que entró, a quien Skawa permitió adelantarle.

La chica merecía más de una mirada. Era alta y esbelta. Vestía falda verde y una camisa blanca que siluetaba sus senos erguidos. Para colmo, poseía un rostro hermoso y una cabellera negra larguísima. Sus enormes ojos negros recorrieron la habitación, se posaron un instante en los senadores y luego se dirigieron al general, a quien dijo:

—Señor, se presenta la intérprete Carla Rossi

Tendió la mano por encima de la mesa y el general, que se había levantado, se la estrechó. Luego ella se giró sobre los altos tacones de sus zapatos e hizo lo mismo con los miembros de la comisión.

Harriman tartamudeó unas palabras incoherentes, Powell fue capaz de pronunciar una galantería y Burton se limitó a quedarse con la boca abierta.

Entonces Hagmon presentó a Skawa, cuya mano fue estrechada con escaso vigor por los demás, sobre todo por parte de Burton.

El general indicó unas sillas y Skawa las acercó a la mesa, se sentó la chica y luego lo hizo él, cruzando las largas piernas.

—Usted no pertenece al Gobierno, señor Skawa —apuntó Burton después de leer unos párrafos de sus papeles.

—Exacto, señor —asintió John. Sacó un paquete de cigarrillos y ofreció uno a Carla, que lo rechazó con una sonrisa.

—Tampoco estaba en la nómina federal cuando marchó a Atagua —recordó el general.

—Trabajaba para una agencia de investigadores privados, cuyo propietario es un tal Van Moer —siguió diciendo Burton.

—Trabajaba para él, senador —corrigió Skawa—. Hace un mes fui requerido en el Pentágono y el general Hagmon me pidió mi consentimiento para formar parte de una lista que sería sometida al criterio final del Presidente. Quería saber si yo iba a oponerme o no.

—No lo hizo, claro.

—Evidentemente —sonrió Skawa.

—¿Por qué? ¿Podemos saberlo?

—Claro que sí. El asunto seguía apasionándome... y la paga ofrecida era ligeramente superior a la que me daba el señor Van Moer.

—Es usted muy sincero. Me alegro que no haya recurrido al tópico de su fervor patriótico —dijo Harriman.

—Ponga también un poco de eso tan denostado últimamente. ¿Por qué no puedo ser tan patriota como usted, señor…?

—Harriman. No he querido ofenderle, señor Skawa.

—Estoy seguro.

Hagmon soltó un carraspeo profundo.

—Esta entrevista es con la comisión senatorial, señorita Rossi, señor Skawa, que se encuentra en esta base para comprobar que el secreto mantenido y las medidas de seguridad son altas. Quiero hacer esta aclaración para que no piensen que los senadores aquí presentes pueden hacerles salir del Proyecto «Más Allá».

—Sin embargo nuestro informe incluirá todo cuanto nosotros creamos conveniente —dijo Burton.

—Por supuesto —asintió el general. Se levantó y añadió—: Ahora, si les parece bien, podemos bajar a ver la nave.

CAPÍTULO II

—¿Por qué no me contó su aventura en Atagua mientras nos hacían esperar? —preguntó Carla, sonriendo a Skawa.

John miró a los senadores y al general. El grupo caminaba delante de ellos. Charlaban animadamente. El túnel estrecho se perdía a lo lejos. Pensó que tenía tiempo para hacer un relato, aunque fuera sucinto.

—¿Qué sabía usted? —inquirió Skawa—. Dígamelo y me ahorraré repetirlo.

—Oh, sólo que sacó de esa nación una nave encerrada en una montaña.

—Lo ha resumido muy bien. El Gobierno poseía unas piedras. Un agente nuestro en Atagua comunicó que él sabía dónde estaba la cuarta piedra. Marchó con ellas a Atagua —John sonrió al recordar su compañera de aventuras. ¿Donde estaría ahora Sheila después de las estupendas vacaciones que pasaron juntos en el Pacífico? Decidió no mencionarla a Carla. No iba a tener tiempo para detalles. El túnel iba llegando a su fin—. Mi sorpresa fue muy grande cuando la piedra que formaba el conjunto estaba grabada en la pared de una gruta. Al encajarlas todas y girarlas, una sección se abrió. Y allí estaba la nave, pequeña y fría, misteriosa.

—Y hueca —suspiró Carla.

—Así es. El Presidente de Atagua consintió en que nos la lleváramos a cambio del cese de las hostilidades económicas de nuestro país. Sigo pensando que hemos hecho un buen negocio.

—Esos senadores no parecen pensar como usted.

—Sobre todo James Burton. Claro que él está maniatado por un grupo de financieros que no comprenden cómo Washington ha levantado el boicot contra Atagua.

—¿Qué les dirá cuando le pidan explicaciones?

—Tendrá que mantener la boca cerrada. Si quiere se inventará algo para justificar la posición gubernamental.

Los tres senadores y el general habían llegado al final del pasillo. Allí les esperaba un ascensor con la puerta abierta.

Hagmon los miró a todos y dijo:

—Desde que entramos en este nivel, como habrán podido

comprobar, no hay soldados de vigilancia. Nadie excepto nosotros está autorizado a llegar hasta aquí. Por favor, entren.

Indicó la vacía cabina del ascensor. Las seis personas cabían justo. Hagmon apretó el único botón y empezó el descenso.

—La nave fue colocada en una cámara acorazada por una brigada de trabajadores traídos a la base desde Alaska. Ninguno supo lo que manejaban, ni siquiera que estaban en Arizona. Fueron devueltos al norte inmediatamente, haciendo el avión que los trasladó varias escalas desorientadoras.

Después de esta explicación, Hagmon mostró un delgado cilindro. En un extremo tenía varias aristas.

—Esta es la única llave existente en la base. Otra igual la conserva el Presidente de la nación y sólo será entregada a las personas que él designe en caso de que a mí me ocurra algo.

—¿Qué pasaría si la robaran, general? —preguntó Burton.

—Apenas dejara yo de tenerla cerca de mi cuerpo, el Presidente lo sabría gracias a un sofisticado mecanismo basado en un sistema de control remoto. Nuestro primer mandatario bloquearía la entrada desde su despacho.

—¿Existe un sistema de autodestrucción? —inquirió Harriman.

—No.

Los senadores se miraron entre si. Skawa no movió un músculo. Pero anotó mentalmente que la voz del general había temblado ligeramente. Tal vez sí existía un dispositivo que destruiría la nave antes de que fuese a parar a manos enemigas.

El ascensor se detuvo. Ante ellos había otro pasillo, aunque bastante más corto. Apenas pusieron los pies en él se abrió la puerta del fondo.

—Estoy emocionada —confesó Carla a Skawa en un susurro.

—Lamento decirle que sentirá una gran decepción.

Ella iba a replicar pero Skawa la tomó de un brazo, y con una sonrisa la obligó a caminar detrás de los senadores. El general fue el primero en entrar en la estancia, encendió las luces y dijo:

—Aquí está la nave guardada en una montaña durante miles de años, señores.

Skawa permaneció imperturbable. Había sido el primer ser humano en ver el vehículo del pasado después de miles de años de permanecer oculto en la gruta de una montaña ataguaya. Se distrajo

observando las reacciones de los senadores y de Carla.

Los hombres fruncieron el ceño, alguno gruñó entre dientes y nadie expresó en voz alta ningún comentario. Carla emitió un suspiro de desencanto.

El general sonrió levemente. Se acercó a la nave situada en el centro de la estancia. Era un huso de metal opaco terminado, en la parte que podía ser la popa, en unas aletas. Demasiado convencional, se dijo Skawa. Seguía pensando que parecía un prototipo de película antigua de ciencia ficción, de aquellas de los años cuarenta interpretadas por Buster Crabbe.

—Mide veinte metros de eslora por cinco de altura. Dentro hay un ancho de tres. Sólo existe una puerta circular fácilmente manejable desde el exterior. En su interior posee un seguro muy rudimentario.

Burton caminó hasta el navío. Puso los brazos en jarra y lo observó con el mentón adelantado.

—El informe de ese reducido equipo de científicos, que durante meses lo ha investigado, no es nada prometedor —comentó.

—Efectivamente —asintió el general—. Sólo fueron cinco hombres quienes tuvieron acceso a la nave una vez que quedó aquí instalada. Fueron unánimes al afirmar que no posee ningún sistema de impulsión —miró a Skawa—. Este hombre ya lo intuyó en la ladera de la montaña.

Los dos senadores miraron a John.

—Fue usted muy sagaz —dijo Burton.

—Gracias. Cualquiera hubiera adivinado que los seres que utilizaron alguna vez este vehículo lo movían con el poder de sus mentes.

—¿Incluso para viajar a las estrellas? —bromeó Harriman.

—¿Por qué no?

Hagmon anduvo hasta la compuerta cerrada. Sólo tuvo que presionarla ligeramente para abrirla.

—Ya sabemos todos que el informe científico corrobora la primera impresión del señor Skawa —dijo—. La teoría más plausible es que un miembro de una expedición procedente de otro planeta, seguramente de otra estrella, quedó aislado en la Tierra hace muchos miles de años. Sus compañeros no pudieron esperar más tiempo y le dejaron un vehículo para que pudiera regresar. Las piedras que

sirvieron para abrir la gruta eran las pistas. A ese ser debió sucederle algo, tal vez murió o fue devorado por algún animal carnívoro.

—¿Se da por descontado que era orgánico, no vegetal?

—Me he limitado a exponer un motivo por el que ese ser no encontró su bote de salvamento, señor Harriman. ¿Una criatura de carbono, vegetal o de base silícea? ¿Quién sabe?

—¿Seguro que no existe nada dentro? —preguntó Burton asomando la cabeza al interior.

—Las paredes no contienen nada. Sólo en la proa, como verán, hay una especie de panel con medias esferas de cristal. Doce en total. Los científicos no se arriesgaron a abrir la caja sobre la que están colocadas, pequeña y de poco grosor. En seguida se dieron cuenta que al permanecer una persona dentro por espacio de más de cinco minutos, las paredes se vuelven luminosas y es posible ver perfectamente.

—¿Cómo podían vivir sin ningún tipo de suministro de aire?

—Quizá la criatura podía hacer el viaje en pocos segundos, aunque su destino hubiera estado a años luz de la Tierra.

—¿Un viaje instantáneo, más rápido que la luz?

—Seguimos basándonos en teorías, señor Harriman —Hagmon cruzó el umbral y desde dentro hizo una seña para que todos le siguieran.

Los senadores entraron. Estaban muy nerviosos. John ayudó a Carla y luego subió él.

La compuerta estaba el centro del fuselaje, a mitad del interior. Desde allí podía verse la proa que se aguzaba y la popa terminaba en un círculo de cinco metros de diámetro.

Hagmon había encendido una lámpara de bolsillo, pero la apagó al cabo de cinco minutos, cuando las paredes irradiaron una poderosa luminosidad.

—Automático —sonrió Hagmon—. Ojalá hubieran descubierto nuestros científicos el principio en que se basa este sistema de alumbrado.

Burton soltó un grito ahogado. Todos se volvieron. El senador señalaba hacia la popa. Miró extrañado al general.

Apuntaba con un dedo temblón unas cajas de metal. Sus remaches era algo discordante allí dentro.

Hagmon sonrió.

—Es lo único que nos hemos permitido introducir, señores. No queremos que quienes se arriesguen a poner esta nave en movimiento puedan morir asfixiados. Están viendo el mecanismo que suministrará oxígeno.

Burton soltó una carcajada.

—Su fe es digna de elogio, general. Me admira que siga pensando que este trasto se elevará unos metros.

Hagmon lo miró disgustado.

— No sólo unos metros, señor Burton, sino hasta los planetas exteriores del sistema solar... como primer paso.

El senador pasó las manos por las pulidas paredes.

—¿Y quién lo hará? ¿Ese crío con poderes telekinéticos? Jesús, es demencial hablar a finales del siglo XX de brujerías. Patético.

—Y sublime también si el *Proyecto Más Allá* obtiene éxito —apuntó Skawa.

—Seamos serios todos —dijo Burton—. Admito que este trasto pudiera ser elevado por la mente de una criatura que vino a la Tierra hace miles de años. Digo que lo admito porque no quiero discutir una teoría que se base en un disparatado fundamento. Pero ¿qué sabemos de esa mente? ¿Acaso el cerebro de un niño de diez años puede igualarlo?

—Ted Hallison es único —dijo Hagmon—. Sus poderes no han trascendido al mundo porque el Gobierno, cuando supo de sus cualidades, lo mantuvo apartado desde que tenía cinco años. Es huérfano y una legión de cuidadores lo ha educado desde entonces.

—Pobre chico —dijo Carla en voz baja a Skawa—. Cuando lo conocí hace dos semanas me dio mucha pena, a pesar de que sonríe constantemente y es alegre por naturaleza. Pero toda su vida bajo la vigilancia de educadores, de paranormales y sicólogos...

—Yo lo conoceré mañana, cuando llegue a la base —respondió John.

Burton paseó por la nave, como si quisiera medirla una y otra vez con sus pasos.

—Supongo que se acondicionara el interior para hacerlo más cómodo, ¿no?

—Sí. Se hará cuando Ted lo diga.

—¿Eh?

—Más elementos extraños podrían interferir a Ted. Sólo cuando

él lo diga se instalarán unas literas y el servicio sanitario. También, una alacena con comida y un botiquín.

—Esto no es muy grande —Burton meneó la cabeza—. ¿Cuántas personas acompañarían a Ted Hallison?

Hagmon señaló a Carla y John.

—Ellos.

—Ah, sí. Debí suponerlo. Serán sus ángeles guardianes. ¿No hubiera sido mejor un científico?

—La señorita Rossi ha simpatizado con Ted. Los días que permanecieron juntos lo pasaron muy bien. ¿No es cierto, señorita Rossi?

Ella asintió.

—¿Y él? —señaló Burton a Skawa—. ¿Por qué?

—Ted es de color. Como el señor Skawa —sonrió Hagmon.

—Entiendo. Un hermano de raza le tranquilizaría, ¿no?

—Eso esperamos.

El senador se acercó a la compuerta y asomó la cabeza.

—¿Cómo saldrían para hacer el primer vuelo de practicas? —preguntó mirando hacia arriba.

—El techo se desliza a un lado. Tenemos encima una chimenea que puede permitir la salida de la nave.

—La guarnición se asombraría si la viera elevarse.

—La base está lejos de aquí. Hay, además, una montaña de por medio.

Burton tuvo que sonreír.

—Vaya. Parece que han pensado en todo.

—Eso esperamos —asintió el general.

—Excepto en una cosa —sonrió Burton.

Hagmon enarcó una ceja.

—¿En qué, señor?

—En que esto no se alzara una pulgada del suelo —dijo Burton con mal humor, dando un golpe con el tacón.

Skawa miró al general. Por un momento creyó que Hagmon fuera a replicar de mala manera. Debía estar cansado del senador Burton. Se aguantó como pudo y dijo:

—Creo que debemos salir. Todos necesitamos un descanso.

—Sí, claro —dijo Burton—. Mis compañeros y yo discutiremos el informe que hemos de redactar.

—James, sólo haremos un borrador esta noche —dijo Harriman.

—Así es —añadió Powells, hasta entonces poco hablador—. El resto lo redactaremos cuando hayamos hablado con Ted Hallison.

Estaban fuera de la nave y la luz interior desapareció como por ensalmo. Carla se revolvió contra los senadores. Sus ojos chispeaban cuando dijo:

—Ustedes no hablarán con Ted.

Burton quedó con la boca abierta.

—¿Qué dice esta chica? —interpeló Harriman.

—La señorita Rossi es la responsable de Ted, señores.

—Eso no lo sabíamos —protestó Powells.

—Siento no habérselo dicho antes —se disculpó Hagmon—. Todo lo referente a Ted Hallison depende del criterio de la señorita Rossi. Si ella dice que no deben verle, así se hará.

Skawa dejó de regocijarse con las expresiones de los senadores, una mezcla curiosa de sorpresa y enfado. Miró a la chica y se sorprendió por su gesto duro y terminante.

Empezó a considerar que Carla era algo más que una intérprete.

Y estuvo seguro de que él no era nada más que un guardaespaldas de aquel crío de diez años. ¿También de la chica?

CAPÍTULO III

Mientras Skawa observaba al chico a través del cristal de una sola visión, se preguntó si éste no había intuido que era vigilado por medio de lo que en su habitación podía suponer se trataba de un espejo.

En una ocasión Ted Hallison pareció que se contemplaba para aplastarse los ensortijados cabellos y le hizo una mueca.

—¿Qué le parece el muchacho, John? —preguntó una voz detrás de Skawa.

Se volvió ligeramente. El general había entrado con sigilo en la habitación.

—Hola, general. ¿Está seguro que Ted ignora que el espejo está para que lo vigilemos?

—¿Por qué lo pregunta?

— No sé. A veces le descubro una chispa de maquiavelismo. Es como si se estuviera burlando de todos... —señaló a Carla que terminaba de arreglar la cama para Ted—. Excepto de ella. Sólo le he visto reírse con la señorita Rossi.

—Debemos alegrarnos por ello, ¿no? —el general se quitó la pipa apagada y empezó a llenarla de tabaco—. Ted suele mostrarse muy introvertido con ciertas personas. Todavía no sabemos por qué. Sin embargo, con la señorita Rossi se muestra contento.

Skawa movió la cabeza de un lado para otro.

—Conmigo es receloso.

—Lo lamento. Deberá hacer un esfuerzo para congraciarse con él.

—Le prometo que pondré todo mi interés en conseguirlo —sonrió —. No quiero que se enfade conmigo y me arroje a la pared.

—Ted jamás ha agredido a nadie —suspiró—. Al menos eso me han asegurado. Se limita a no conversar con determinadas personas. Con aquellas que no le son agradables.

—¿Y cómo demonios voy a saber lo que tengo que hacer para caerle simpático a ese niñato?

—Hable con la chica, pregúntele cómo ha de comportarse con Ted, cuáles son sus chistes preferidos y juegos.

—Es un jugador consumado de ajedrez. Lo mío es el póker y el *blackjack*. Sobre todo el *blackjack*.

—A John Skawa le gusta el *blackjack* —rio Hagmon.

—No haga chistes malos a mi costa, general.

—Entonces no lo use para congraciarse con Ted. En serio, John, tómeselo con calma. No fuerce una aproximación con él. Si lo desea puedo darle unas lecciones de ajedrez.

—Me compraré un manual cuando vaya a Goble City.

—No puedo impedirle que visite la ciudad, pero no le recomiendo que prodigue sus estancias allí los fines de semana.

—Lo único que me faltaría es quedarme aquí encerrado. Vivir en subterráneos me ahoga. Por Thor, general, no me pida demasiado.

—No se lo pediré —rio el general parcamente.

Skawa ya conocía la fama de serio de Hagmon y se sorprendió al escucharle reír. Esta tarde debe estar de buen humor, pensó.

—En mi despacho tengo una botella de bourbon, Skawa —el general bajó la voz—. No se lo diga a nadie. Ni siquiera mis oficiales lo saben.

—Mantendré la boca callada a cambio de una copa.

Hagmon apagó la tenue luz del rincón y salió del pequeño cuarto detrás de Skawa.

El despacho del general estaba al final del pasillo. Aquel nivel sólo lo ocupaban los senadores, Carla, Ted Hallison y Skawa En el superior permanecía la guardia y una pequeña cocina donde dos hombres preparaban la comida para todos.

John alzó la mirada hacia el techo.

—A veces me estremece pensar que tenemos encima treinta metros de rocas.

—¿Padece de claustrofobia?

—Nada, pero pienso en una avería del ascensor, un desprendimiento.

—Existe otro de emergencia, para su tranquilidad. Además el terreno es demasiado rocoso y nunca se ha registrado un terremoto.

Hagmon hizo pasar a John y cerró la puerta. El cuarto que usaba el general como despacho era pequeño, pero acogedor. Sacó una botella y dos vasos, que llenó casi hasta el borde. Dio uno a Skawa, quien paladeó en seguida el contenido.

—Magnífico, general.

Hagmon abrió un cajón de su mesa y sacó una tarjeta plastificada, se la entregó a John y le dijo:

—Úsela para salir de la base. Si en Globe City se le hace de noche, no corra como la Cenicienta para volver después de las doce. Quédese allí y regrese con el nuevo día. Los centinelas tienen órdenes de disparar primero y preguntar después del toque de queda.

—Exteriormente esta base es deplorable. No descubrí tanta seguridad —sonrió Skawa mirando la tarjeta con su fotografía grabada, datos personales y un código de identificación que no adivinó para qué servía.

—Eso es lo que pretendimos cuando la acondicionamos. Es una base muy antigua que quienes la conocen creen que la conservamos por inercia. Pero le aseguro que disponemos de medios de vigilancia muy sofisticados. Nadie puede cruzar las alambradas sin nuestro permiso y ni pensar en que alguien se infiltre en el subterráneo sin que lo sepamos.

John bebió el resto del vaso y miró desolado como el general guardaba la botella. Se quedó sin la segunda copa. Suspiró en silencio, lamentando no beber otro trago hasta el próximo sábado. En Globe City se desquitaría de tanta abstinencia como le esperaba en la base. Se quedaría fuera hasta el lunes, sin duda. Pensó en Carla. ¿Aceptaría ella una invitación para cenar, bailar más tarde y luego...? Sonrió tibiamente. La chica era una monada y no parecía mirarle con desagrado. Aparte del misterio que creyó ver en ella el primer día y que más tarde no pudo explicarse por qué causa se lo atribuyó, era alegre y parecía contenta con su trabajo.

Bueno, sólo llevaba cuatro días en aquella cueva de topos. Carla no tardaría en cansarse de deambular por los pasillos y soportar a Ted. Seguramente estaría deseando, tanto o más que él, divertirse un poco en la ciudad.

El general sacó cigarrillos. Skawa tomó uno. Después de las primeras bocanadas, el militar dijo:

—Esta mañana acompañaré a Ted al hangar.

Donde estaba la nave se conocía como el hangar. Skawa no estaba de acuerdo con esta definición. Le parecía un hangar muy raro al tener la salida situada en el techo, a través de una chimenea de treinta metros cuadrados.

—¿Qué dijo nuestro genio?

—Apenas nada. Se quedó un rato mirándola. No demostró mucho entusiasmo por ella. Creo que incluso se desilusionó un poco.

—Es algo que pasa a todos cuando la ven. No tiene nada de espectacular. Creo que la culpa la tiene el cine, después de mostrarnos los cruceros estelares, los acorazados imperiales que necesitan varios minutos para cruzar la pantalla, de grandes que son. George Lucas jamás hubiera diseñado semejante mamarracho.

—No puedo por menos que estar de acuerdo con usted, Skawa. —El general emitió una de sus deformes sonrisas—. Le pedí a Ted que entrase.

—¿Tampoco dijo nada del interior?

—Me pareció que al principio sintió interés por las paredes cuando se llenaron de luz. El primer síntoma de curiosidad lo tuvo al descubrir el pequeño papel con las doce medias esferas. Me quedé tenso al verlo tan interesado, pero sólo fue un instante. En seguida se alejó de la proa y caminó hasta el fondo. El chico hizo un gesto de desagrado al ver lo que allí está instalado para suministrar oxígeno.

—¿Él sabe lo que queremos de sus facultades?

— Desde luego. Los sicólogos nos aconsejaron que debíamos ser sinceros con él, ocultarle lo menos posible del *Proyecto Más Allá*. Cuando salimos del hangar le pregunté qué le había parecido todo.

—¿Qué contestó?

Hagmon se encogió de hombros.

— Me sonrió. Al insistirle me dijo que estaba muy cansado y quería tumbarse un poco. No lo creí, claro. Acababa de levantarse. Lo dejé en su habitación y a los pocos minutos lo espié a través del espejo. Allí estaba Carla, charlando animadamente con él. Evidentemente, su cansancio era una excusa para no darme una respuesta.

John aplastó el cigarrillo en un cenicero. Se dirigió hacia la puerta.

—Gracias por la copa, general.

—¿No es muy temprano para irse a la cama?

—Sobre todo si no hay nadie que la comparta con uno.

—Le llaman el *Don Juan* negro, ¿no?

—¿Dónde lo ha escuchado?

—Oh, por ahí. En realidad, en su historial.

— No sabía que esos detalles tuvieran importancia.

—Todo la tiene.

—Ted todavía no estará durmiendo. Iré a verle.

—Carla sólo lo deja cuando se asegura que duerme. Ella estará en su habitación.

—Lo sé —Skawa sonrió—. También quiero hablar con Carla.

—No pregunte a Ted nada acerca de la nave —dijo el general seriamente—. Puedo adivinar en su mirada que está pensando hacerlo.

—Y no se equivoca, pero no le preguntaré su impresión. Tal vez Carla me lo diga.

—Entonces no lo repita a los senadores.

—Ah, los bondadosos padres de la Patria. ¿Cuándo se marchara ese triunvirato de inquisidores?

—Ojalá sea mañana. Llevan cuatro días diciendo que todavía no disponen de datos bastantes para su informe.

—Nos veremos mañana, general.

Hagmon le hizo un gesto de despedida. Cuando se quedó solo sacó de un cajón una carpeta. Buscó su pipa y la colmó de tabaco. Como si fuera un ritual, la encendió. Fumó en silencio durante un rato.

Skawa llamó a la puerta del cuarto de Ted con los nudillos.

La voz de Carla le respondió, invitándole a pasar.

La mirada Carla de Ted se desvió para observarle mientras cruzaba el umbral. Skawa sintió un estremecimiento, intentó sonreír al chico y dijo:

—Hola, Ted.

Carla estaba sentada junto a la cama, donde Ted permanecía. Ella sostenía un libro de cuentos. A Skawa la escena estuvo a punto de producirle hilaridad. ¿Un chico como Ted absorto con la escucha de un cuento infantil?

—¿Qué tal, Carla? —preguntó mirando a la chica.

—Buenas noches, señor Skawa —dijo Ted.

John tomó una silla y la arrimó a la cama. Después de sentarse dijo sonriendo de oreja a oreja:

—Puedes llamarme Jack, como lo hacen mis amigos.

Ted miró a Carla.

—¿Tú llamas Jack al señor Skawa?

La muchacha cerró el libro y respondió:

—Sí.

—De acuerdo, Jack. Te llamaré así.

El niño tendió su manita y John se la estrechó con suavidad.

—¿Qué tal te encuentras aquí, Ted?

—Esto es algo aburrido.

—Lo comprendo. Me temo que lo es para todos.

Ted ahogó un bostezo e inclinó su cabeza sobre la almohada.

Skawa entornó los ojos. ¿Estaba diciéndole que debía marcharse? Desvió la mirada hacia Carla y ella le hizo un guiño aprovechando que Ted no la observaba.

—Es hora de dormir —se inclinó sobre Ted y lo besó en la frente —. Mañana te traeré el desayuno.

Se levantó. Skawa iba a dar las buenas noches al niño, pero lo encontró con los ojos cerrados, como si de pronto se hubiera quedado dormido.

Se limitó a hacer un ademán con la mano y cruzó la puerta. En el pasillo le esperaba Carla, quien cerró la puerta con sigilo.

—Me ha echado, ¿verdad? —le preguntó Skawa con tristeza.

—Dale tiempo —sonrió ella empezando a caminar por el corredor.

—Eso mismo me ha aconsejado el general hace un rato.

—Es un buen consejo. Acabas de romper el hielo. No dejes que vuelva a formarse.

—Ted te pidió permiso para confraternizar conmigo. Gracias por dejar que te tutee.

—Tarde o temprano teníamos que empezar a hacerlo. Tú y yo debemos ser amigos. Aunque no fuera así estamos obligados a demostrarlo en presencia de Ted.

—Tú eres encantadora para él. Es lógico. No ha debido costarte ningún esfuerzo.

—Siempre me han gustado los niños —ella sonrió y Skawa la encontró encantadora—. Suelo hacer buenas migas con ellos.

—Ted no es un niño cualquiera.

—En el fondo, sí. ¿Qué culpa tiene él de ser diferente a los demás? Cuando entraste le leía *Alicia en el País de las Maravillas*, le entusiasma

—También me gustaba a mí cuando era niño. ¿No te parece que lo que ocurre en la base parece algo sacado de esa narración?

Ella se puso seria.

—Me temo que no. Esto es demasiado complejo.

Habían llegado delante de la puerta del dormitorio de Carla.

—Carla, ¿qué te ha dicho Ted referente a la nave? El general se la mostró esta mañana.

—Fue un error.

Skawa la miró asombrado.

—¿De qué clase?

—Yo debía haber estado presente.

—No entiendo qué importancia tiene…

—Ted es inteligente, demasiado para su edad. Conoce para qué está aquí y lo que esperamos de él. Me temo que algunas veces sufre porque piensa que puede fracasar.

—¿Te lo ha confesado?

—No exactamente. Es algo que he llegado a deducir.

—¿Entonces no te ha dicho si se siente capaz de manejar con su mente la nave?

Ella abrió la puerta de su cuarto. Rehuyó la mirada ansiosa de Skawa y respondió:

—Dice que todavía debe esperar un poco.

—¿A qué?

Antes de cerrar la puerta, Carla dijo:

—A que la nave despierte.

CAPÍTULO IV

—¿Cómo puede *despertar* una nave? —preguntó el general a John.

—Es lo que me gustaría saber.

Los dos hombres habían salido a la superficie. Estaban detenidos junto al coche aparcado a la sombra. Lo había solicitado Skawa para marchar aquel sábado a Globe City. Era un auto con matrícula civil, algo antiguo.

—Resulta absurdo —gruñó el general. Dio una patada a un guijarro y levantó una pequeña nube de polvo. El sol caía fuerte al mediodía. Lejos patrullaba un jeep a lo largo de la alambrada.

—Creí que debía usted saberlo en seguida, general —dijo Skawa. Hizo saltar de la palma de su mano las llaves del coche.

— Por supuesto. No debe decir nada de esto a los senadores. Me refiero si se los encuentra en la ciudad. Salieron hace un rato.

— Miraré antes de entrar a un bar. Si ellos están dentro me buscaré otro —sonrió Skawa

—Tenga cuidado, John. No quiero que el whisky le suelte la lengua.

El consejo ofendió a Skawa y no se molestó en ocultar su enfado. Dejó que se reflejara en su cara.

—No soy un crío, general.

—¿Invitó a Carla?

Skawa notó que su irritación iba en aumento. Al parecer en el subterráneo no podía mantenerse nada oculto, al menos las relaciones entre sus habitantes.

—Me dijo que prefería quedarse con Ted —reconoció su fracaso, muy a su pesar. Le dolía admitir que su encanto personal había fallado con Carla.

—Es mejor así. El chico no debe quedarse solo. Creo que debo pedir instrucciones a Washington hoy mismo. La próxima semana Ted debe salir un poco, ir al parque de atracciones de Globe City. Por supuesto, acompañado por Carla y usted.

—Y una legión de guardaespaldas detrás de los tres, ¿no?

—No tantos. Sólo dos hombres.

—A Carla no le pareció bien que usted fuera el primero en

mostrar a Ted la nave.

—Le faltó tiempo para recriminármelo —dijo el general después de toser.

—Esa chica tiene personalidad —rio John—. No se amilana ante nadie.

—No me gusta que se otorgue tantas atribuciones. Cada día que pasa se cree que Ted es de su propiedad.

—Mientras lleve bien el asunto... Debe admitir, general, que ella consigue del chico lo que quiere. Ayer estuvo con él muchas horas en el hangar. Allí jugaron incluso a policías y ladrones en la nave, se sentaron en el suelo y empezaron a jugar a componer palabras.

—¿Usted intervino?

—Si. Me ganaron siempre.

* * *

La base estaba en Globe City, a unas cuarenta millas. Skawa se detuvo sólo para repostar gasolina. Maldijo al general por haberle prestado el coche con el depósito casi vacío. En la cafetería tomó un café solo y luego prosiguió su camino.

Atardecía cuando dejó aparcado el coche y empezó a caminar por el centro de la ciudad. Antes de decidirse por un plan a seguir quería conocer externamente los centros de diversión que al llegar la noche serían más atractivos.

Para pasar el rato entró en un cine y se aburrió con una película europea. Los filmes experimentales y subtitulados le fastidiaban.

Iba a levantarse cuando la proyección todavía no había terminado. Sintió entonces que una mano le agarraba el brazo. Estuvo a punto de reaccionar impulsado por sus reflejos. Iniciaba el gesto de amartillar el revólver enfundado bajo la axila derecha y una voz de hombre con acento sudamericano le pidió:

—Por favor, señor, soy amigo.

Volvió la cabeza y gracias al reflejo de la pantalla observó un rostro con sonrisa forzada que le miraba.

—Le vi en la estación de servicio, señor —dijo el hombre simulando contemplar la película.

Entonces Skawa recordó que la silla que ocupaba aquel tipo había

estado vacía un momento antes. Se recriminó por no haberse dado cuenta de su llegada. Hablaba un inglés deficiente y él le dijo:

—Entiendo español.

—Lo sé, señor —reconoció el desconocido en este idioma—. Si le parece salimos.

—No —respondió Skawa después de echar un vistazo alrededor —. No hay apenas nadie en el cine. Siga. ¿Me estaba siguiendo?

—Sí. Le ruego que no me haga muchas preguntas.

—Debería hacerlas.

—Y yo lamentaría no responderlas, señor. Repito que soy su amigo y he venido a los Estados Unidos para darle un mensaje.

—¿De quién?

—Usted dejó buenos amigos en Atagua.

—¿Es usted ataguayo?

—Claro que sí. Sus amigos desean que usted sepa que se ha producido, muy a pesar suyo, una filtración.

Skawa se puso tenso.

—Continúe —pidió.

—Su Gobierno, señor Skawa, está cumpliendo con lo pactado, y el Presidente de mi país no quiere que se llegue a pensar que nosotros lo hemos vulnerado.

—Maldita sea, por Thor —silabeó John—. ¿Qué quiere decirme?

—Alguien se fue de la lengua y contó a cierta persona que los americanos sacaron de mi país algo muy valioso.

—¿Esa persona trabaja para Moscú?

—No lo sabemos. El maldito chivato fue detenido y confesó haber percibido unos dólares por la información.

—¿Qué ha sido de él?

— Intentó escapar cuando era trasladado a una cárcel y los soldados no tuvieron otro remedio que disparar a matar.

Skawa ya había pensado que el espía no siguiera con vida. Aunque en Atagua las cosas habían mejorado en algunos aspectos, en otros los nuevos gobernadores no podían sustraerse a los fáciles medios resolutorios empleados por el dictador derrocado.

—¿Qué quiere que haga yo?

De reojo, Skawa vio que el hombre se encogía de hombros.

—He venido sólo para advertirle, señor.

—¿Por qué a mí?

—Usted lo sabe. Mi país no mantiene relaciones con el suyo. Al menos por ahora. Regresaré mañana mismo. Llevo varios días intentando localizarle.

—¿Quién le dijo que estaba aquí?

—En Nueva York hablé con el señor Van Moer. Me dijo que usted no trabajaba por el momento en su agencia de investigación, pero ante mi insistencia me sugirió que viniese a Arizona, concretamente a Globe City.

—La estación de servicio está muy cerca de la zona militar —dijo John—. ¿Por qué se encontraba allí?

El otro hizo intención de levantarse y Skawa se lo impidió agarrándole con fuerza por un brazo. Lo obliga a sentarse.

—¿No se olvida de decirme quiénes fueron los receptores de la información?

—Nos resultó imposible averiguarlo. Ese mal patriota confesó antes de intentar escapar que no fue al gobierno ruso, si es lo que le interesa saber.

—¿Cuándo cree que actuarán?

—Es posible que se trate de una organización sin bandera, muy poderosa. Claro que también puede ocurrir que al final los rusos sean sus clientes. Moscú no correrá el riesgo de deteriorar más la situación internacional provocando un incidente. Adiós, señor Skawa.

John permitió que se incorporara. Entonces preguntó:

—¿Nos conocemos?

El hombre se volvió. Por un momento pudo verle el rostro de frente.

—Adiós, Benavidez —susurró John.

Lo vio alejarse por el pasillo, caminado con pasos presurosos.

Esperó unos minutos y entonces salió del cine, pensativo. Para Skawa el fin de semana se había ido a pique. Ya no tenía humor para nada.

La presencia en la ciudad del oficial Benavidez le había sacado de quicio. Van Moer debió comprender que la situación podía volverse peligrosa y por ello no dudó en decir al ataguayo qua él estaba en Arizona.

Quizá los políticos de Atagua, sobre todo el Presidente Emilio Gómez, pretendían jugar limpio, no dudando en enviar a uno de sus hombres a los Estados Unidos para comunicar, de forma no oficial,

que el secreto de la nave del pasado había dejado de serlo.

Benavidez no podía saber que el vehículo encontrado en su país estaba apenas a unas millas de la ciudad, a muchos metros bajo tierra y custodiado como si fuera de oro puro.

Skawa encendió un cigarrillo y caminó por las calles. Ya era de noche y entró en un bar, sin acordarse de la promesa dada al general Hagmon de mirar antes para buscarse otro local si dentro estaban los senadores quitándose la sed de una semana.

Bebió unas copas y dejó que una chica se le acercara. Ella lo arrastró hasta una mesa y pidió una botella de champán. Skawa la escuchaba y se dejaba acariciar. Su mente estaba en otra parte y no cesaba de hacerse preguntas que no sabía responderse.

—Estás demasiado serio, cariño —escuchó que le decía la chica mientras le besaba en el cuello.

John le pasó el brazo por la espalda y la apartó un poco para verla. Era joven y bonita. No tendría más de veinte años pero se comportaba como una auténtica profesional.

¿Por qué no distraerse un poco? Sonrió y pagó la cuenta al camarero. Se levantó y dijo a la chica, tomándola de una mano.

—Vamos, no perdamos tiempo.

—Eh, parecías estar en el limbo y ahora vienes con estas prisas. ¿Por qué no me llevas a bailar después de invitarme a cenar?

—Antes me ofrecerás una copa en tu apartamento. Porque supongo que tendrás uno, muy coqueto y acogedor, ¿no?

No preguntó el nombre a la chica. Dejó que ella recogiera un chal y la siguió a la calle. Tal como suponía, la buscona tenía un apartamento cerca, algo pequeño pero limpio. Todavía demasiado joven para dejarse llevar por el desaliento y que le diera igual todo.

La chica debió comprender que su cliente era de los que iban directamente al asunto, lo que pareció alegrarle. Al poco rato estaban en la cama

De pronto ella empezó a gemir, pero dejó de disimular en seguida y se empleó a fondo. Pese a que John seguía ausente y a veces permanecía quieto y con la mirada perdida en un rincón de la alcoba, su pareja le animaba y le pedía, casi suplicante, un poco más de interés.

Ambos alcanzaron el orgasmo simultáneamente y Skawa dejó de abrazarla, la miró con una sonrisa de disculpa y dijo antes de

incorporarse.

—Lo siento, nena; pero no tengo más tiempo.

Ella, tendida entre las arrugadas sábanas, lo miró somnolienta.

—¿Por qué no te quedas? Te prepararía algo de comer. Toda la noche si quieres… por nada. ¿Eh?

John rio y empezó a vestirse.

—Es una propuesta muy tentadora, pero no puedo aceptarla —echó mano a su cartera y sacó unos billetes que dejó sobre la mesita de noche—. Toma. En realidad te lo has ganado con creces, preciosa. Tal vez nos veamos otro día con más tiempo y lo pasaremos mucho mejor.

—¿De veras que sería posible? —preguntó la chica con sorpresa.

El hombre le dio unas palmadas en el trasero, se puso la chaqueta y salió del apartamento, sonriente.

Pero una vez en la calle su cara dejó de estar jovial y se volvió seria. Caminó de prisa hasta el aparcamiento donde tenía el coche.

CAPÍTULO V

Antes de regresar a la base, John se encerró en una cabina bien provisto de monedas. Logró telefonear a Van Moer, su antiguo jefe. Había esperado con los labios apretados, pensando que en Nueva York serian las cinco de la madrugada. La voz irritada que surgió por teléfono le confirmó que lo había despertado.

Después de tranquilizarle y decirle rápidamente que un oficial ataguayo le había advertido sobre la posibilidad de que el *Proyecto* fuera amenazado por agentes a sueldo de alguna potencia rival, le preguntó por qué había corrido el riesgo de revelar que estaba en Arizona.

Van Moer le respondió:

—Muchacho, no lo habría dicho si no fuera porque escuché una confidencia hace unos días, en la que me aseguraban que diversos elementos se movían por el país, viajando constantemente, como si fueran a acabar reuniéndose en algún lugar determinado. Además, una vez me hablaste de tus amigos en Atagua, entre los cuales incluiste a ese tal Benavidez.

—Has hecho bien, jefe, como siempre.

—Ya no soy tu jefe —rio el otro—. Al menos mientras el Gobierno te pague. Espero que cuando te despida volverás a mí. Por cierto, ¿qué piensas hacer? ¿Vas a contarlo todo?

—Nada de eso. En la base tengo que soportar a tres senadores. Pondrían el grito en el cielo y me marearían a preguntas si supieran que desde Atagua ha salido la información.

—Allá tú.

—Escucha, jefe. ¿Cómo van a averiguar que la nave está en una base perdida en Arizona? Hay miles en los Estados Unidos, aparentemente más modernas y seguras. Se cansarán de rastrearlas todas. Confiemos que en una metan tanto la nariz que se la rompan.

—No los menosprecies, Jack. Me temo que la organización de Sacha Estrenove puede estar detrás del asunto. Sabes a quien me refiero.

—Desde luego —John echó la última de sus monedas—. Lo creía muerto.

—No. Se cambia de nombre como de camisa. Lo vieron hace unos

meses en las Vegas, gastando tanto dinero que no parecía terminársele nunca. Ahora estará sin blanca y ha convocado a sus hombres, según me dijeron mis confidentes. El golpe que podía estar preparando hace tiempo podría tener relación con la nave del pasado.

—Tal vez.

—¿Qué tal es la base? ¿Segura?

—Diría que sí. Yo no sabría entrar en ella sin mi pase.

—Suerte, Jack.

Skawa no pudo responder al deseo de su antiguo jefe. Escuchó el *clic* en el teléfono. Lo colgó y salió de la cabina, pensando que de todas formas, debido a lo tarde que era, su vuelta al subterráneo de la base no iba a resaltar fácil. Hagmon le había advertido que no debía regresar pasada la medianoche.

Sin embargo, Skawa estaba tranquilo y no podría soportar una noche tumbado en la cama de algún motel, esperando el amanecer.

Entró en el coche y puso el motor en marcha. Lo condujo temerariamente por las calles y aumentó todavía más la velocidad cuando se encontró en la carretera.

Debió batir el récord, pensó cuando vio las luces de la base mucho antes de lo que esperaba. Fue frenando y detuvo totalmente el coche cuando vio a varios soldados que le apuntaban con sus rifles. Desde la torre cercana giró el reflector y Skawa cerró los ojos deslumbrado.

—Aparte esa maldita luz, sargento —dijo al suboficial cuando éste se acercó a la ventanilla.

—Salga y muévase despacio. Ponga las manos sobre el techo y las piernas bien separadas.

Skawa hizo todo cuanto le fue ordenado, pero protestó por aquella actitud. De soslayo vio la cara del sargento. Era el mismo que aquella tarde le inspeccionó el pase.

Fue registrado por hábiles manos y le arrebataron el revólver.

—Tengo permiso para llevar armas —dijo Skawa una vez concluido en registro. De soslayo vio que el sargento echaba un vistazo al pase—, ¿se convence de que soy yo?

—Cualquiera puede pintarse la cara de negro —dijo el sargento.

—Muy gracioso. ¿Quiere llamar al general Hagmon?

—Ya lo están haciendo.

Un soldado salió de la caseta de madera y corrió hasta donde estaba el sargento. Le dijo algo al oído.

—Puede pasar, señor Skawa —sonrió ampliamente—. El general se puso furioso. Asegura que mañana tendrá unas palabras con usted.

Le fueron devueltas a Skawa sus pertenencias, incluido el revólver. Arrancó el motor y cruzó la verja, dejando atrás la sonrisa burlona del sargento.

El siguiente centinela debía estar advertido de su llegada, ya que le dejó entrar en la casamata después de mirar cansadamente la lámina plastificada.

Skawa cruzó el cuerpo de guardia y entró en el primer ascensor. En el nivel de la tropa devolvió una mirada iracunda a los centinelas y pasó ante ellos sin decirles una palabra. Hasta este momento no se había percatado de que era el único hombre de color en la base, además de Ted Hallison. Después de tantos días debía ser más conocido que el general y los senadores, pensó.

Usó el segundo ascensor, de utilización exclusiva para los residentes en el último nivel subterráneo. La cabina bajó rápidamente y se detuvo como si hubiera chocado con un colchón de agua. Skawa salió. Mientras caminaba por el pasillo sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios. No quería ni pensar en la reprimenda que le estaría preparando el general para dentro de unas horas. ¿Qué podía responderle? ¿Acaso decirle que había vuelto porque ya se imaginaba la base en poder enemigo, robada la nave y Ted secuestrado?

No tendría más remedio que pensar en una excusa lo bastante admisible. Por el momento no diría nada a Hagmon.

Se detuvo cuando descubrió que por una de las puertas del pasillo salía luz. No había llegado a encender el cigarrillo y se lo guardó en el bolsillo.

Anduvo despacio, con sigilo. Empujó ligeramente la puerta y miró al otro lado. En el dormitorio de Ted no había nadie. Las ropas de la cama estaban revueltas. Entró un poco más y pudo observar su cara reflejada en el espejo, pensando que él había estado otras veces en el lado opuesto, espiando las reacciones del niño.

—¿Dónde está ese crío? —dijo en voz alta, empezando a ponerse nervioso. A aquella hora debía estar durmiendo, soñando con angelitos o con demonios.

Salió al pasillo y miró la puerta cerrada del dormitorio de Carla. Pensó si debía llamarla. En realidad debía dar la alarma, que se pusiera boca abajo la base.

De pronto su mirada quedó fija en la puerta del hangar, situada en el fondo del pasillo, más allá de la estrecha habitación. Aguzó la visión y echó a correr, sin importarle el ruido que producían sus pisadas en el silencio nocturno.

Llegó jadeando y se apoyó sobre la puerta de acero, la cual cedió al empuje. Sin ninguna dificultad. Estaba abierta. Se fijó en el cierre y sintió ganas de reírse de la seguridad tan pregonada por el general, de su famosa llave que siempre llevaba encima.

Tenía la mente confusa, plagada de ideas disparatadas. La abertura de la puerta del hangar era lo bastante amplia para que pudiera meter por ella la cabeza. Al otro lado había luz, procedente de una de las lámparas suspendidas del techo. Las otras permanecían apagadas.

Miró.

Ted estaba sentado de espaldas a él, de cara a la nave. Tenía las piernas recogidas, al estilo árabe. Su cabeza hacia delante y hacia atrás con movimientos suaves.

Hasta los oídos de Skawa llegó una especie de canción que el niño tarareaba suavemente.

Skawa miró por encima de la cabeza de Ted. Su mano apoyada en la hoja de acero empezó a temblar ostensiblemente. Intentó tragar saliva y encontró su garganta seca.

La nave flotaba a más de un metro del suelo.

* * *

—Debió quedarse en la ciudad.

Carla dejó la taza de café sobre el platillo y clavó sus ojos en Skawa, sentado al otro lado de la mesa. Lo miró desafiante.

—Pero no lo hice y lo vi todo.

—Sintió un presentimiento y corrió por la carretera como un loco, arriesgándose a que le detuviera la policía por exceso de velocidad, ¿no?

—El general me espera —dijo Jack—. Yo debía decirle lo que vi

hace unas horas.

—¿Para evitarse la reprimenda?

—Porque él debe saber cuánto ha progresado Ted. Mañana lunes volverán los senadores con resaca, de mal humor y cansados. Nadie soportará su humor de perros. Ellos querrán pruebas definitivas, conocer si este Proyecto es una quimera o no. Puede leerse en sus caras las ganas que tienen de volar a Washington y decirle al Presidente que cancele todo esto, sobre todo James Burton, obsesionado por suspender la ayuda económica al país que nos regaló la nave.

—Al infierno con la comisión senatorial, Jack —la actitud de la chica se volvió implorante—. Por favor, no lo estropee ahora. Ted lleva haciéndolo desde hace tres noches. Acude solo al hangar y se queda allí unas horas. Ni siquiera quiere que yo esté a su lado. Tuvimos suerte de que no se diera cuenta anoche que le espiabas.

—¿Lo crees así? —inquirió Skawa—. ¿Qué hubiera hecho él de haberme descubierto?

—No lo sé, ni tampoco estoy segura de que Ted no te viera.

—El no volvió la cabeza.

—Ted puede ver sin usar los ojos.

Skawa encendió un cigarrillo. Miró su reloj. Apenas le quedaban unos minutos para acudir al despacho del general.

—Convénceme para que me calle —pidió.

Ella dijo con vehemencia:

—Ted está descubriendo cosas en la nave, Jack. Me lo ha confesado a medias; pero asegura que le molesta la presencia de las demás personas en el subterráneo.

—¿Incluido yo?

—No especificó a nadie. Te va tolerando poco a poco.

—Ya es algo —comentó con sarcasmo—. ¿Qué más te ha dicho Ted?

—Dice que... Bueno, que la nave empieza a despertar.

—Eso no es nuevo.

—También que ella le opone, cada día que pasa, menos resistencia

—¿Resistencia? No entiendo...

—Los seres que la construyeron lo hicieron ajustándola a sus mentes. ¿Qué sabemos de ellos? Nada. ¿Cómo eran sus

pensamientos? Pudieron haber sido iguales que nosotros o totalmente diferentes. ¿No? Ted está llevando a cabo un acercamiento cauteloso, intenta derribar la barrera hostil que puede tener alzada la nave. Cuando le demuestre que él es su amigo avanzará más de prisa.

Skawa aplastó el cigarrillo.

—Carla, ¿qué disparate es éste? Te refieres a la nave como si fuera algo vivo.

—No está viva, en absoluto, pero ella dispone de defensas para evitar que alguien la pilote. Se trata de un dispositivo antirrobo. Ted es como el ladrón que intenta encontrar la llave de contacto apropiada entre un ciento que lleva. No quiere violencia alguna para poner en marcha el motor del coche que proyecta robar.

—Un ejemplo muy divertido —rio John con ironía.

—Dentro de unos pocos días Ted se atreverá a entrar solo en la nave. Por ahora sólo se arriesga a quedarse cerca, por fuera.

Skawa jugueteó con un encendedor.

—¿Cuánto tiempo, Carla?

—Unos días. Tal vez una semana.

—De todas formas los senadores necesitan un atisbo de esperanza. Harriman y Powells pueden ocuparse de neutralizar a Burton, el más interesado en contentar a sus votantes, a esos financieros que recibieron puntapiés en el trasero al echarlos de A tagua.

—Hablaré con Ted. Le pediré una mínima demostración para la comisión y el general. Gracias, Jack.

—No hay de qué —iba a levantarse y ella le contuvo con un gesto y una sonrisa.

—Cuando llevé el desayuno a Ted me dijo que le gustaría salir de excursión, a merendar por ejemplo.

—Se lo comunicaré al general. Espero que no se oponga.

—Ted desea que tú nos acompañes.

—Menos mal que lo quiere, porque sin mí como guardaespaldas el general no querrá ni oír hablar del tema

Carla se levantó y se acercó al hombre. Se alzó de puntillas y besó a John en los labios.

—Gracias otra vez —dijo.

Dio media vuelta y salió de la pequeña habitación que usaban

como comedor.

Skawa paladeó el sabor de los labios de Carla en los suyos. La chica sabia cómo convencer, y no sólo con palabras.

Pero cuando estuvo a punto de llamar a la puerta del despacho de Hagmon desapareció el agradable sabor de la caricia de Carla. Volvía a pensar en el aviso del ataguayo Benavidez.

CAPÍTULO VI

Dos días después, martes a mediodía, Skawa transmitió al general Hagmon y a los tres senadores que se hallaban presentes el deseo de Ted Hallison.

—¿Que quitemos el equipo de aire? —repitió el senador Burton. Había regresado a la base junto con sus colegas poco antes y en su cara quedaban todavía profundas huellas de la juerga del fin de semana.

—Eso ha dicho. Ha oído usted bien, señor Burton —asintió Skawa

—¿Qué pretende ese crío? —inquirió Harriman intentando ahogar un bostezo. Sus ojeras eran pronunciadas.

—¿Se ha vuelto loco? —se incorporó Powells al coro de los sorprendidos con más calma, quizá porque su agotamiento resultaba el más profundo.

El general empezó a echar tabaco en su pipa.

—¿Qué motivos tiene?

—¡Oh, por Dios! —exclamó Burton—. Todavía no ha demostrado ningún avance y ahora nos sale con una pretensión absurda. ¿Qué le estorba el equipo en la popa? ¿Un capricho de niño malcriado?

—Señor Skawa nosotros nos estamos cansando. Se nos prohíbe interrogar a Ted, preguntarle qué demonios está haciendo aparte de jugar al ajedrez con la señorita Rossi, acercarnos al hangar, a su cuarto, a todo. ¿Y qué se nos dice? Que al señorito Ted no se le puede molestar.

—Por favor, señores —pidió Hagmon mientras encendía la pipa con parsimonia—. Dejemos al señor Skawa que termine.

John carraspeó y dijo:

—Ted afirma que el equipo incorporado a la nave es una nota discordante, una interferencia entre él y la masa alienígena inerte… por el momento.

Burton agitó los brazos con desesperación.

—¡Otra vez con el mismo cuento!

—Por mi parte no admito lo que dice ese niño malcriado —aseveró Harriman con contundentes asentimientos de cabeza—. Si no fuera porque está probada su capacidad paranormal diría ahora mismo que pretende burlarse de nosotros y no es más que un

caprichoso.

—El equipo de oxígeno es vital... —empezó a decir Hagmon.

—¡Claro! —dijo Burton mordazmente—. El chico puede meterse en la nave y saltar a las estrellas. Sería una desdicha que muriera por falta de aire durante el viaje.

Sus compañeros emitieron risas de compromiso. Harriman se puso serio, cruzó los brazos y miró a Burton, como recriminándole su broma

—El Presidente ya tiene la primera parte de nuestro, informe, amigos —dijo solemnemente—. Podemos decir al general y al señor Skawa que no es muy favorable al experimento... por el momento. Tenemos pensado enviar a Washington otro pasado mañana. Este es el tiempo que vamos a dar como plazo para dejar la nave sin el equipamiento para proveerla de atmósfera.

—¿Entonces consienten en que yo ordene los trabajos para que sea quitado temporalmente el equipo? —preguntó el general mirando a los senadores.

Después de que éstos se consultaran con los ojos, Burton dijo como portavoz de todos:

—Dos días. Al cabo de este tiempo se reintegrará el equipo a la nave y nosotros diremos al Presidente que el *Proyecto* ha fracasado.

El general movió la cabeza negativamente.

—No estoy de acuerdo. La nave no tendrá el equipo durante dos días, pero me parece pronto para arrojar la toalla —arrugó el ceño—. Admito que el chico no ha hecho progresos, pero tampoco debemos exigirle mucho. La señorita Rossi habló ayer conmigo y me aseguró que Ted se encuentra a gusto con su trabajo.

—¿Qué pasaría si encima estuviera a disgusto? —barbotó Powells.

Nadie le hizo caso. El general añadió:

—Hagan ustedes lo que les parezca, vuelvan a la capital cuando lo deseen, pero déjenme a mí. No olviden que cumplo órdenes directas del Presidente y ustedes sólo están para emitir un juicio particular.

—No podemos seguir aquí por más tiempo, general —dijo Harriman—. Volveremos a Washington dentro de cinco días, como mucho.

—Lo lamentaría —dijo el general, pero en un tono que Skawa

comprendió que quería decir lo contrario.

John también iba a quedarse más tranquilo cuando los senadores se largasen. Carla le había confiado que los tres constituían un elemento de interferencia muy grande para Ted.

Los miembros de la comisión se retiraron del despacho del general, y éste preguntó a Skawa qué le parecía todo.

—Sólo soy un guardaespaldas —respondió John, encogiéndose de hombros—, Pero opino que Ted debe tener tranquilidad y más tiempo.

Vio sobre la silla que había ocupado Burton un periódico de Globe City. A la base llegaban pocas noticias y lo cogió. Preguntó a Hagmon si podía quedárselo.

—Lléveselo, Jack —respondió el general—. Este asunto me está preocupando demasiado.

—¿Ha pensado algo sobre el deseo de Ted de salir una tarde al exterior?

—Podría ser peligroso.

—No lo creo. El chico parece ahogarse ahí dentro, aunque no lo dice abiertamente.

—Si un poco de esparcimiento le servirá para avanzar más en su labor… No tengo inconveniente. Lo prepararé todo para mañana. Dispondré a los centinelas alrededor de una zona no muy lejana de la base y…

—Un momento. Ted no debe descubrir que está vigilado.

—Le prometo tomar las disposiciones adecuadas para que no se percate —Hagmon miró ceñudo a Jack—. ¿Se ha hecho ya amigo de él?

—Un poco —sonrió Jack. Se retiró antes de que el general volviera a recordarle, agriamente, que seguía sin perdonarle su llegada intempestiva el sábado a última hora.

Jack entró en el comedor. No había nadie allí y se acomodó en una butaca después de servirse una taza de café negro.

Desplegó el periódico. Iba a mover las páginas en busca de la sección deportiva cuando algo atrajo su atención en la primera plana. En una sola columna se daba la noticia del hallazgo del cuerpo de un hombre brutalmente mutilado. Fue encontrado en un lavabo de la estación de autobuses y la policía reconocía que hada mucho tiempo que no ocurría un asesinato en Globe City ejecutado

con tanta saña. Se insinuaba, sólo se insinuaba, que los asesinos de la víctima quisieron hacerle hablar antes de estrangularlo. Al final se decía que carecía de documentos, pero posiblemente se trataba de un chicano, tal vez un «espalda mojada».

Pero la fotografía que había al pie de la noticia dejó pálido a Skawa. El rostro del muerto, pese a la mucha sangre que lo llenaba, era el de Benavidez.

La fecha del periódico era de aquel mismo día.

Benavidez no había podido regresar a su país, pensó Skawa con amargura y temor.

* * *

Cuando detuvo el jeep, Skawa miró a todas partes. Era el lugar que él había elegido y el general aprobó. Allí merendarían. Una vez que desplegó la pequeña tienda de lona, Carla sacó la cesta con la comida y la distribuyó sobre un mantel de colorines.

John, con disimulo, miró a todas partes. No descubrió a ningún centinela, aunque podía estar seguro que había al menos seis hombres armados, soldados elegidos por el general, expertos tiradores, ocultos detrás de las rocas.

Ted parecía dichoso y salió corriendo. Como Carla lo contempló mientras se alejaba sin inmutarse, John optó por callarse, no prohibirle al chico que jugase lejos de ellos.

—Le dejaremos que se distraiga cazando lagartijas mientras preparamos la merienda, ¿no? —comentó con jovialidad.

Carla estaba aquella tarde muy bonita. Su blusa verde no estaba abotonada del todo y Skawa podía recrearse con el busto de la chica. Ella sonrió y dijo:

—Si quisiera lagartijas no tendría que correr tras de ellas.

—¿No? ¿Por qué?

—Ted domina con su mente a los animales rudimentarios.

—¿De veras?

—¿Lo duda?

—Oh, no —respondió John encogiéndose de hombros. Cogió una lata de refresco y la abrió. Estaba fría y bebió con deleite. Hacía calor, pero no demasiado para estar en el desierto.

El paisaje era deprimente, pero Ted se comportó durante el viaje desde la base como si fuera a ir a la playa. El chico estaba muy contento y Skawa se alegró de poder hablar a solas con Carla.

—¿Cómo consigue Ted entrar en el hangar?

Ella se sentó a su lado. Miraba hacia el lugar por donde había desaparecido Ted. Se acarició el cabello y dijo:

—¿Es divertido, no? Ted no necesita la sofisticada llave del general.

—¿Tan poderosa es la mente del chico?

—Algunas veces, demasiado. Pero lo peor, o lo lamentable, es que sólo trabaja a tope cuando él quiere. No se le puede obligar a nada. Si se hace, Ted se echa atrás, se encierra en si mismo y se vuelve huraño.

Carla suspiró.

—Me costó mucho esfuerzo y mucha paciencia al principio. Tuve que convencerle para que hallase interesante llegar a mover la nave. Ahora sabe lo que queremos de él y no se opone a satisfacerme.

—¿Satisfacerte?

—Si —rio Carla—. Ted piensa que la nave es mía y yo necesito que él demuestre a los demás que puede viajar por el espacio.

—Te quiere demasiado, creo.

—Tal vez.

Skawa encendió un cigarrillo.

—Por Thor, ese niño me produce escalofríos. ¿Qué será cuando sea mayor?

—A veces creo que él se lo pregunta también y no le gusta la perspectiva. Hay poca gente en el mundo como él. Algunos niños con poderes como el suyo no son educados convenientemente, padecen traumas a causa de su convivencia con los mayores y al final se le atrofian sus cualidades. Tengo la teoría de que ellos mismos la esconden para siempre, para no sentirse diferentes.

—¿Pasará lo mismo con Ted?

—¿Quién sabe?

Skawa empezó a levantarse. Llevaba mucho tiempo sin ver a Ted.

— Iré en su busca.

—¡No! —Carla se lo impidió agarrándole de una mano—. Volverá pronto.

—¿Qué está haciendo?

—Quizá tuvo ganas de orinar —rio Carla—. Ted es muy tímido.

John volvió a sentarse, pero lo hizo más cerca de Carla. Los dos, bajo la sombra de la tienda, se miraron. El hombre se inclinó sobre la mujer y la besó. Cuando dejó de hacerlo, dijo:

— Desde la otra vez tenía ganas de repetírtelo. ¿Te gustaría que esta noche te llevara a tu habitación una botella de champán bien frío?

—Estoy tentada a decirte que sí.

—Hazlo.

— De todas formas no podrías hacerlo. En la base no hay alcohol, excepto en el botiquín.

—Déjalo de mi cuenta y esta noche beberemos champán —Skawa la agarró por los hombros y la volvió a besar, ahora con más fuerza.

De pronto sintió un mareo profundo, vio borroso el rostro de la chica, el estómago le dolió y al poco tiempo caía de espaldas, sin sentido.

Despertó y en un principio no supo cuánto tiempo había estado inconsciente. Cuando miró el Sol comprendió que apenas unos minutos. Carla estaba a su lado, mirándole preocupada.

—¿Qué me ha ocurrido? —preguntó John sentándose junto a la manta. Miró atónito a Carla y luego deglutió al descubrir a Ted a pocos metros de ellos. Se entretenía pegando puntapiés a los guijarros.

—Ha debido ser causa del calor —respondió Carla. Le tendió una taza humeante—. Toma. Te sentará bien.

Skawa lo olisqueó y torció el gesto.

—No me gusta el té. Dame un poco de café.

El resto de la tarde fue transcurriendo apacible, aunque la mente de John era un laberinto dentro del cual corrían sus pensamientos sin posibles respuestas. Jamás se había desmayado como un colegial, y mucho menos teniendo entre los brazos a una chica como Carla.

Echó de menos un buen trago de brandy.

— Has estado fuera mucho tiempo. Ted —preguntó al niño.

Ted lanzó lejos la última piedra, se volvió y le dirigió una sonrisa pequeña. Respondió:

—Me aburrí. La verdad es que ya estoy aburrido de estar aquí. Esos hombres que se escondían no eran divertidos.

Skawa saltó como impulsado como un resorte. Dijo a Carla que

mantuviera a Ted cerca de la tienda y echó a correr hacia las colinas. Aunque no sabía dónde podían estar exactamente los centinelas, más o menos conocía sus emplazamientos por el general.

Mientras corría sacó el revólver. Llegó jadeante arriba de la colina más cercana y miró a todos lados.

El soldado estaba tendido en un hueco, lejos del fusil. Parecía dormir beatíficamente pese al Sol. Encontró a los otros cinco. Todos estaban iguales.

Regresó junto a Carla y Ted. Miró al niño como si fuera una serpiente de cascabel. Preguntó si podían irse, ella asintió y entonces se apresuró a cargarlo todo dentro del jeep.

—Debiste entretenerte con las lagartijas —recriminó a Ted cuando lo agarró para colocarlo en el asiento trasero.

El niño se echó a reír, como si hubiera comprendido que Skawa le reprendía por su travesura.

Cuando el jeep rugía a través del desierto en dirección a la base, dijo a Carla:

—Esos seis tipos, orgullo del general, tendrán que ser ayudados a volver a casita.

—¿Ted los ha dejado inconscientes?

—¿Pero tú lo sabías? —preguntó sorprendido.

Carla se encogió de hombros.

—No estaba segura, pero es lógico que lo haya hecho. A Ted no le gusta que lo vigilen.

Skawa soltó una maldición, aceleró y movió el espejo retrovisor para vigilar a Ted. El niño se entretenía con un cómic y parecía disfrutar mucho con las travesuras de Spiderman.

John estuvo sudando todo el camino, temiendo que Ted quisiera convertirlo en una araña.

CAPÍTULO VII

John jugó varias partidas de ajedrez con Ted y las perdió todas. Para desquitarse le enseñó a jugar al pòker. Aunque venció al niño en las primeras manos, las siguientes fueron tremendos desastres para él. Comprendió o temió que sus pensamientos estuvieran siendo leídos y recurrió al blackjack.

Carla entró en el cuarto de Ted, miró a Skawa echar las cartas y dijo:

—Tampoco lograrás nada. Te ganara cuatro de cada diez.

—¿También puede adivinar las que saldrán y plantarse o pedir hasta las veintiuna?

— Más o menos —Carla se sentó entre los dos y revolvió el cabello de Ted, quien se echó a reír.

Skawa arrojó las cartas lleno de malhumor. Ted se excusó y corrió el lavabo. Entonces él dijo a la chica:

—El general está furioso.

—Es lógico. A ningún militar le gusta que sus hombres se echen a dormir cuando están de servicio. Lamento que reciban un correctivo, pero sería peor que se sepa que fue Ted quien los dejó fuera de combate.

—Pobres chicos.

Carla arrebató las cartas a John y empezó a barajarlas. Sin mirarle, dijo:

—Ayer no acudiste, tal como prometiste.

—No encontré el champán.

—No tenías que molestarte. Dime la verdad: ¿Por qué no viniste?

—¿Para que Ted me matara? Vamos, Carla. Ese diablo con aspecto de niño me hizo perder el conocimiento cuando te besaba en el desierto. ¿Qué me haría si me viera haciendo el amor contigo?

—Creí que no habías adivinado la verdad.

—No fue en seguida. Estuve pensando en lo que pasó ayer. Ted te ama, te idolatra. No tolera que nadie te toque. Por ahora no quiero suicidarme.

—Hablé con Ted al respecto.

—¿De veras? ¿Qué te dijo ese granuja?

—Pensó al vernos juntos que yo no estaba a gusto contigo. Le dije

que tú eres mi amigo y me demostrabas tu afecto.

Miró la puerta del cuarto de baño. Escuchó el ruido del agua de la ducha. Ted iba a tardar algún tiempo, pensó mientras se volvía hacia la chica, la miraba y le dirigía una sonrisa conciliadora.

—Carla, los dos debemos ser sinceros, tenernos confianza mutuamente.

—¿A qué viene eso?

—Sabes que me eligieron porque no soy mal tipo, bastante listo en cambio, algo guapo y reservado. Pero sobre todo estoy aquí porque cuantos formaban la lista, yo tenía la ventaja de que conocía la existencia de esta nave. Por lo tanto, si me designaban a mí se evitaban tener que hacer partícipe del secreto a otra persona.

—Sigue. Es muy interesante lo que estás diciendo.

—Sólo sé que tú has trabajado para el Gobierno anteriormente, posees un historial impecable y… sabes idiomas.

—Así es.

—Además debieron escogerte por tu amor a los niños y tu innata psicología, ¿no? —ella asintió—. Pero hay más, ¿verdad? Dime, ¿por qué te confiaron la misión?

Carla pretendió soltar una carcajada, pero surgió de su garganta algo que en nada se parecía a una expresión divertida. Se puso seria repentinamente y contestó:

—En esta base nadie lo sabe, Jack, y voy a decírtelo. Soy paranormal —al callar miró desafiante al hombre. Pero Skawa no se alejó de ella ni un milímetro. Por el contrario se acercó más—. Creí que iba a darte algún reparo.

—En absoluto. Tú no puedes darme miedo, como me lo produce, por ejemplo, Ted.

—No debería tampoco…

—Oh, sí. Tú eres adulta y posees raciocinio. En cambio, Ted es un niño y sus impulsos son infantiles. Podría hacer daño sin proponérselo, ¿no es así?

—Estás equivocado —los ojos de Carla expresaron una tristeza infinita—. Cuando yo tenía la edad de Ted era como él. O tal vez más fuerte. No recibí los cuidados que él ha tenido, ni el amor de quienes le pusieron para educarlo. Hace veinte años las cosas eran diferentes. Una niña que hacía *cosas raras* producía aversión. En mi caso resultaba horrible porque vivía en un pueblecito lleno de

habitantes incultos. Hasta llegaron a pegarme para que no manifestara en público lo que era capaz de hacer.

—Debió ser horrible.

—Mucho. De alguna manera mi mente quedó bloqueada. Me refugié en un mundo distinto. Inconscientemente rechazaba ser más fuerte que los demás. Poco a poco fui perdiendo los poderes. Se atrofiaron —sonrió desvaídamente—. O al menos se supone. Algunos científicos me dijeron, cuando al final caí en manos más civilizadas y pasé a depender del Gobierno, que mis facultades paranormales pueden estar adormecidas, no destruidas.

—¿Te gustaría recuperarlas?

—Ya no estoy segura de nada. Por esto me eligieron, Jack. A ti por tu fuerza y a mí por mi amor hacia quien es como yo fui hace muchos años.

—Se ha especulado mucho acerca de los fenómenos paranormales. Los timoratos afirman que estos serán tantos que algún día desplazarán a los humanos corrientes. Pero eso tardará mucho. Si ocurre será inevitable.

En el cuarto de baño cesó de caer el agua

—Dime antes que vuelva Ted si va a lograr que la nave ascienda.

Carla miró un rato fijamente a Skawa antes de responder:

—Sí.

John le hubiera dicho allí mismo que él temía algo, sobre todo cuando Benavidez le avisó en el cine, y más tarde el ataguayo apareció muerto en un lavabo, poco antes de intentar subir a un autobús.

La entrada de Ted le obligó a permanecer callado.

* * *

—Skawa quiero darle dos noticias —dijo el general cuando John se lo encontró en el pasillo—. Esta noche me han comunicado los senadores que mañana se marcharán. He leído el borrador de su informe definitivo y debo admitir que no es demasiado favorable.

—Es algo, ¿no? ¿Cuál es la segunda noticia?

—Dentro de dos días llegará una compañía de soldados. He considerado oportuno un incremento de la vigilancia. Además de los

centinelas de la verja y las torres, nos sobrevolarán constantemente dos helicópteros.

Skawa no supo si alegrarse o no. Se limitó a asentir, dio las buenas noches al general y se alejó en dirección a su dormitorio. Cuando abría la puerta vio a Hagmon entrar en el ascensor. Al parecer quería visitar el exterior antes de volver al subterráneo y retirarse a descansar.

Sabía que a veces el general pasaba unas horas en compañía de los oficiales de la guarnición en los barracones de éstos, hasta altas horas de la madrugada.

Cerró la puerta y empezó a quitarse la camisa. Entonces escuchó un leve rumor procedente del final del pasillo. Se asomó al corredor. Las puertas de los dormitorios de los senadores estaban cerradas. Miró hacia la entrada del hangar. Pensó que había sido allí donde se había originado el ruido.

Volvió a abrocharse la camisa antes de salir del cuarto y tomó instintivamente el revólver, metiéndolo entre sus pantalones y el cinturón. Como un felino anduvo por el pasillo, y al pasar delante de la habitación de Ted se aseguró que estaba vacía, así como la de Carla.

Bastante preocupado se acercó a la entrada del hangar. Frunció el ceño al ver el cierre desbloqueado. La chica y el niño debían estar dentro.

Al otro lado había luz, procedente de una lámpara, mientras que las otras seguían apagadas.

Skawa vio en seguida a Carla. Llevaba puesto un camisón y miraba hacia el techo. John iba a hacer lo mismo, pero antes no tuvo más remedio que fijarse en el suelo, en donde debía estar la nave.

En el hangar no había nada, excepto Carla y él.

* * *

El produjo un ruido al avanzar unos pasos y Carla se volvió rápidamente. Al principio su gesto fue de crispación, pero en seguida su rostro se dulcificó y hasta llegó a sonreír al intruso.

—Lo ha conseguido, Jack —dijo con alborozo.

Skawa señaló con una mano el vacío lugar donde debía estar la

nave, y luego el techo que ofrecía ominosamente el agujero negro da la chimenea, corrida la compuerta a un lado.

—¿Qué demonios...?

—Los demonios no han intervenido en esto, Jack. Ted, al fin, ha tendido un puente con la nave. Ahora es toda de él.

—Pero por Thor, Carla... ¿Dónde está Ted?

—Viajando —Carla dio una vuelta sobre las puntas de sus pies como si fuera una danzarina que quisiera bailar y sólo le faltara la música—. En el espacio, feliz con su nave.

—¡Pero no tiene aire de reserva!

—¿Para qué lo quiere? El tiempo para él no tiene importancia. Porque en la nave no hay nada extraño, Ted logró la fusión entre él y el dispositivo receptivo.

— No entiendo nada.

—Es muy fácil. Ted no estará ausente más de unos minutos. Será un viaje corto, apenas más allá de la Luna. El aire del interior será suficiente.

—¿Pero y si de pronto quisiera ir más lejos o sufriera un accidente?

Ella soltó una pequeña carcajada.

—¿Sufrir un accidente una nave sin mecanismos? Eso jamás podría ocurrir. Las averías sólo son posibles en los sistemas mecánicos. Además, si Ted quiere estar mucho tiempo tampoco debemos preocuparnos.

—¿No?

—En absoluto. Ted se pondría en estado catatònico y sólo despertaría cuando el viaje llegara a su fin... dentro de unos minutos si sólo rebasa la órbita de la Luna o cuando transcurra un año si desea ir a alguna estrella.

—No es el momento para burlas. ¿Qué dirías al general si Ted no volviera o, simplemente, se demora más de la cuenta?

—Ted me prometió que sólo estará, como mucho, cinco minutos.

— Los astronautas tardaron mucho más en ir a la Luna.

—Porque lo hicieron en una nave de aspecto ridículo que costó al contribuyente un montón de millones de dólares. Ted verá la Luna y el costo no llegará ni a un centavo.

—¿Cómo abrió la compuerta? —preguntó Skawa.

—De la misma forma que impulsó la nave por la chimenea, pero

mucho más sencillo para él porque la compuerta es de una materia primitiva.

—¿Quieres decir que la nave está construida con algo vivo y diferente a cualquier metal conocido?

—Digamos que tuvo un tratamiento especial de sus constructores.

—¿Cómo eran? ¿Lo averiguó el chico?

—Creo que sí. Ted me habló hace unos días de los ingenieros de la nave. No parecen ser monstruos de película.

—¿Semejantes a nosotros?

—Diría que mejores.

En aquel momento bajó la nave por la chimenea. Skawa soltó un suspiro de alivio, aunque estuvo preocupado mientras el vehículo descendía lentamente y ocupaba el mismo sitio de siempre, como si no se hubiera movido de allí.

La compuerta circular de la nave se abrió y Ted apareció sonriente, dichoso. Carla advirtió a Jack mientras los dos caminaban al encuentro del niño:

—Ni una palabra de censura —habló en voz baja—. Ya veremos cómo reacciona al verte. Debiste marcharte...

Pero Skawa caminó resueltamente hacia el niño, sonriente.

— Hola, Ted —dijo despacio. Aspiró aire y añadió—: Has estado magnífico. Te felicito. ¿Ha sido bonito el paseo?

Ted miró primero a Carla que se aproximaba con evidente recelo. Luego posó sus ojos en el hombre, sonrió y respondió:

—Sí, desde luego. Ha resultado maravilloso, como ellos me aseguraron.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

Ted señaló hacia la nave.

—Están dentro. Bueno, sólo sus pensamientos y sus recuerdos, pero son agradables todos. Me explicaron cuanto necesitaba saber mientras la Luna pasaba como una exhalación.

Skawa tuvo que mirar la nave para comprobar que allí no había ninguna abertura para mirar, como siempre en realidad.

—¿Cómo has podido ver?

Ted miró a Skawa. Parecía decirse que no comprendía a los mayores y sus preguntas tontas.

—Las paredes me dejan ver cuanto quiero.

Fue su respuesta lacónica, pasó ante Skawa y dejó que Carla le

tomara una mano.

CAPÍTULO VIII

Ted quería permanecer en el hangar. Dijo que le gustaba estar junto a la nave. Habló mucho con Skawa y el hombre se sintió satisfecho porque comprendía que la tenue barrera que existía todavía entre él y el niño se había derribado por fin.

John preguntó a Ted si le importaba que el general supiera que él había viajado por el espacio, añadiendo que iba a alegrarse mucho. Ted preguntó si al informarle los hombres llamados senadores se marcharían de una vez de la base.

—Claro que sí —respondió Carla—. Están deseándolo.

—Entonces dile al general que la nave ya es mi amiga —dijo Ted mostrando sus blancos dientes en una sonrisa amplia—. Sin esos hombres cerca todo será mejor. Por favor, Jack, que no vengan aquí ahora.

Era la parte difícil que debía exponer al general, pensó Jack cuando caminaba por el pasillo. Mantener alejados a los senadores no sería tan sencillo. Querrían interrogar al chico, que éste les hiciera una demostración... John meneó la cabeza, inseguro. Si el general comprendía la postura de Ted tendría que mantenerse firme ante aquellos tipos. Si Hagmon se lo permitía él estaba dispuesto a ayudar con mucho gusto a hacerles las maletas, e incluso llevárselas hasta el auto.

Skawa se puso tenso cuando encontró a James Burton en pijama junto a la puerta de Hagmon.

—¿Qué ocurre? —le preguntó intentando atisbar por la abertura de la puerta.

— Nada por el momento, creo —dijo Burton—. No tenía sueño y pensé charlar un rato con el general si lo encontraba despierto. Pero no está...

—Lo vi subir a la superficie. —Miró la hora. Eran cerca de las dos de la madrugada—. A veces juega una partida con los oficiales.

—Eso no está bien en un general...

—Está bien si a él le parece que está bien.

—Vamos, no se enfade conmigo, Skawa. Pronto dejaré de incordiarle. Sé que no les gustamos ni mis colegas ni yo.

—No lo niego. Buenas noches, senador.

—Espere. Yo… —Burton se rascó la nariz, aquel día algo menos colorada que de costumbre—. He usado el teléfono del general porque supuse, como usted, que estaba fuera, en el cuerpo de guardia. Me contestó un capitán.

—¿Sí? ¿Y qué le dijo?

—Habían llegado unos camiones de tropas a la entrada. Me parece que es un refuerzo que Hagmon solicitó —chasqueó la lengua, disgustado—. No me comunicó nada y no me gusta que se me oculten detalles como éste…

El senador iba a volverse para regresar a su cuarto, pero Skawa le agarró por un brazo y le hizo girar la cabeza.

—¿Está seguro de lo que dice?

—¿A qué viene esto?

—Los refuerzos no son esperados hasta pasado mañana, un día después de que usted y los otros senadores se hubieran marchado.

—Pues se han adelantado. Están aquí, entrando en la base ahora mismo.

Skawa se alejó corriendo del senador, dejándolo con la boca abierta.

—¡Eh! ¿Qué le pasa? —Burton vio entrar a Skawa en el ascensor —. Vaya tipo. Ese negro está loco. Pensaría que he bebido si no fuera porque en este maldito agujero no hay una sola gota de licor.

Movido por un impulso repentino entró en el cuarto del general. Encendió la luz y se fijó en un armario. Mirando por encima del hombro, y sigilosamente, James Burton lo abrió y sonrió al descubrir una botella de whisky canadiense medio oculta entre las ropas.

—Ese general avaro nunca pensó en invitarme a una copa. Peor para él. Cuando descubra que le falta yo estaré lejos —dijo al tiempo que quitaba el tapón y olía el contenido—. Ah, delicioso. Me permitirá conciliar el sueño.

Y empezó a beber glotonamente.

* * *

El centinela del siguiente puesto saltó de la silla donde estaba cuando Skawa salió del ascensor. La actitud de éste era más que suficiente para hacer recelar a cualquiera, aunque, como el soldado,

ya le conociera. Pero Skawa llevaba en la mano su revólver, lo que impulsó al muchacho a levantar el fusil.

—Quieto, chico —dijo Skawa deteniéndose—. Baja ese cacharro y aprieta la alarma, que todo el mundo mueva su culo seboso. ¡Vamos!

—Señor, usted no está autorizado para salir de noche.

—Vete al infierno. ¿Dónde está el oficial de guardia más cercano?

Skawa guardó el revólver y dio dos pasos cautelosamente. El soldado titubeó un instante y en el siguiente segundo se encontró sin su rifle, que ahora agarraba el hombre de color.

Antes de que el centinela saliera huyendo, Skawa le arrojó su arma, diciendo mientras pasaba por su lado y se encaminaba hacia la salida:

—Sígueme, pero no me detengas porque te rompería los dientes.

—¿Qué está ocurriendo, señor?

—Nos invaden, muchacho.

—¿Los rusos?

—Ellos nos harían prisioneros por lo menos. Esos tipos que están engañando a tu general son peores. No dejaran a nadie con vida si se salen con la suya.

Skawa llegó al pequeño cuerpo de guardia del blocao. Lo encontró vacío.

—¿Dónde están?

—El general fue requerido en la entrada. Se llevó a la guardia.

Desde una tronera de la casamata, Skawa vio brillar a lo lejos el acceso a la base. Varios camiones militares estaban entrando en la base. Se preguntó si no se había precipitado en sus sospechas. Todo parecía muy normal. Tal vez la llegada de los refuerzos tenía su explicación. ¿Por qué no podían adelantar en dos días la fecha fijada?

—Tendré que informar de todo, señor —le dijo el soldado otra vez.

Después de rastrear los contornos de la entrada, Skawa descubrió al general. Caminaba cerca de los camiones y le acompañaban dos oficiales con uniforme de campaña. Desvió la visión a la derecha. Buscó a los centinelas. En la caseta había varios soldados.

—Soldado, corra a los barracones de la tropa y despiértelos a todos.

—Señor, yo…

—¡Hágalo! Su general es prisionero.

—¿De los rusos, señor?

—¡Sí! Se han vestido como nuestros soldados y han sorprendido a la guardia de la entrada.

El soldado titubeó.

—No puedo abandonar mi puesto.

—¿Dónde está el teléfono? Póngame con el pabellón de oficiales. Tal vez estemos a tiempo de impedir que entren en el subterráneo.

El muchacho señaló el teléfono, pero estaba tan nervioso que era incapaz de dar él la alarma.

Skawa lo descolgó y en seguida comprendió que las líneas estaban cortadas. Soltó una maldición y en aquel momento entró en la habitación un oficial.

—¿Qué hace el civil aquí? —preguntó al soldado.

John pensó en un primer momento que era uno de los falsos soldados que estaban penetrando en la base. Benavidez le dijo que Sacha Strenove podía estar detrás del asunto, y evidentemente era cierto. Strenove solía dar golpes llenos de audacia, pero aquel, si estaba promovido por él, superaba lo inimaginable.

Miró al oficial, un teniente joven y casi barbilampiño.

—Teniente, esos soldados son falsos y se apoderarán de la base si no se da la alarma.

—Estaba anunciada su llegada...

—¡Pero para dentro de dos días! Por Thor, teniente, llame a Washington. Debe haber una línea directa con el Presidente.

El teniente lo miró como pensando que estaba loco de remate. Teóricamente la base carecía de importancia. ¿Para qué iba a disponer de un teléfono rojo conectado con la Casa Blanca? Se le antojó risible la actitud de aquel tipo que se paseaba poco por el exterior y, según se comentaba en el pabellón de oficiales, apenas salía del subterráneo, donde había un grupo de senadores incordiantes.

—Vamos, señor. Permítame que le acompañe abajo... —empezó a decir el teniente, iniciando un movimiento para tomar a Skawa de un brazo.

Entonces se produjo el primer disparo. Skawa saltó hacia la tronera. Los camiones se habían detenido y de éstos bajaban docenas de soldados. En todos notó como señal de identificación un pañuelo

naranja al cuello. Recordó la madrugada en Chile, cuando las tropas salieron de los cuarteles con un distintivo del mismo color en sus suéteres de cuello alto.

El general corría hacia la casamata. A su alrededor se levantaban surtidores de tierra. Le disparaban desde los camiones. Dos oficiales que también escapaban con él cayeron acribillados por las ráfagas.

Entonces comprendió que desde un lado del camino donde se hallaban detenidos los camiones había partido el intento para repeler la invasión a la base. Se trataba de un cuerpo de soldados, tal vez un retén que se dirigía a efectuar un relevo. El oficial que los mandaba debió percatarse del secuestro de su jefe y no dudó en ordenar que disparasen.

—¿Se convence, maldita sea? —Skawa increpó al oficial—. Vamos, ¿qué espera para lanzar las bengalas y tocar la campana?

El oficial salió a toda prisa del cuarto, seguido por el centinela. Skawa tomó los anteojos. Miró. El general estaba muy cerca, no le disparaban por el momento, puesto que los agresores se encontraban muy ocupados repeliendo el ataque del pequeño grupo, el cual lo pasaba muy mal debido a encontrarse al descubierto. Uno tras otro fueron cayendo. El fuego desde los camiones era infernal.

Skawa salió de la casamata. Levantó el percutor de su revólver. El oficial y el soldado corrían hacia los barracones de la derecha, desde donde estaban saliendo hombres soñolientos y en calzoncillos. Las luces de los camiones se dirigieron hacia ellos y a continuación una ametralladora emitió una larga ráfaga que los abatió a casi todos.

Skawa crispó los puños y dejó de mirar. Se había perdido unos minutos preciosos, pensó con amargura. Una figura vacilante llegó jadeante cerca de él. Era el general. Detrás le seguía un soldado con el pañuelo naranja al cuello. John apuntó y le alojó una bala del 45 en la frente.

—¡Corra hacia aquí, general! —avisó a Hagmon agitando las manos.

El general estuvo a punto de caer cuando se hallaba apenas a un metro de Skawa, y éste lo ayudó a incorporarse. Escuchó el rugido de un camión que se acercaba, repleto de soldados falsos, hacia la casamata. Desde la cabina el acompañante del conductor empezó a disparar contra ellos.

Skawa empujó al general al interior y cerró la puerta de acero.

Luego procedió a bajar las planchas de las troneras, mirando a través de éstas por diminutos agujeros. Hagmon resoplaba intentando recuperar el aliento. Skawa lo miró.

—Se ha dejado engañar como un pardillo, general —le recriminó.

—No me gustó nada que las tropas llegaran con tanta antelación, pero no podía imaginarme que... Oh, no sé qué pensar.

—Pida ayuda. Esta gente sabe lo que hace y en pocos minutos dominarán la base.

Hagmon rehuyó la mirada de Skawa cuando respondió:

—No hay tal teléfono. Estamos aislados. He visto como cortaban el tendido telefónico.

—Debe haber un radio.

—En las oficinas.

John movió la cabeza.

—Supongo que el Presidente podrá bloquear la entrada al hangar, ¿no?

Hagmon dijo con irritación:

—¿No es usted jugador de póker? Ha debido oír hablar alguna vez de lo que es un farol.

—¿A quién pretendió engañar?

—A esos tres cuervos del Senado. Para no despertar recelos se prescindieron de muchas medidas de seguridad, Skawa. No se quería levantar sospechas, ni siquiera murmullos en el Pentágono.

—Esa famosa llave... —Skawa soltó una risa nerviosa—. Puede metérsela donde se le ocurra.

—En Washington sonara la alarma. Cada cinco horas debo radiar un mensaje cifrado.

—Algo es algo. ¿Cuándo llamó por última vez?

—Hace cuarenta minutos.

—Estamos arreglados.

Los disparos que sonaban en todo el perímetro de la base se fueron espaciando, hasta que el silencio se abatió en todo el desierto.

Skawa atisbó por el agujero de la tronera. Dijo con ironía:

—El jefe de la tribu que ataca el fuerte desea parlamentar con nosotros.

El general se incorporó y se acercó. Se sacudió un poco el polvo que manchaba su uniforme.

—Espero que hablen inglés. No entiendo nada de ruso.

—Muy gracioso, general. No faltara un intérprete. Sacha Strenove modula un inglés de Oxford.

—¿Sacha Strenove? ¿Quién es?

Skawa volvió a echar un vistazo a los dos hombres con bandera blanca que se aproximaban. Señaló al de la izquierda. Vestía uniforme de coronel y caminaba con gallardía, como si se sintiera a gusto interpretando el papel de militar.

—La peor serpiente del espionaje internacional. Roba lo que le interesa y se lo vende a quien mejor le paga —añadió con ironía—: ¿Es que no sabia que nuestro Gobierno ha admitido mercancía que Sacha obtenía de nuestros enemigos tradicionales? Ocurrió hace tiempo, pero ahí está. Ahora lo tenemos frente a nosotros, dispuesto a robar, al precio que sea, la nave del pasado.

CAPÍTULO IX

—Será mejor que hable con él —dijo el general.

Skawa se encogió de hombros y recargó el tambor de su revólver.

El hombre con uniforme de coronel, seguido de un soldado con pañuelo naranja y portando un palo con una tela blanca, se detuvo a diez metros de la entrada. Puso los brazos en jarra y gritó:

—Sé que pueden oírme. Quiero hablar con esa lagartija escurridiza de Hagmon.

John hizo un gesto al general para que respondiera.

—Está bien, puede acercarse, pero sin armas. El otro deberá quedarse donde está, con la bandera.

—¿Está seguro que ese tipo se llama Sacha Strenove? —preguntó Hagmon retirándose de la tronera.

—Sí. De acuerdo.

—Debe estar loco si cree que podrá sacar de los Estados Unidos la nave después de retar al ejército —susurró Hagmon.

—Es un valiente y sus acciones son temerarias —sonrió Skawa—. Eso nadie podrá discutírselo nunca. En cuanto a su problema para huir del país con la nave... Pues no sé lo que tendrá planeado, pero será, sin duda, algo espectacular. Strenove no es un tipo a quien le guste dejar cabos sueltos. Seguro que lo tiene todo dispuesto para salirse con la suya: aviones, helicópteros, barcos y hasta submarinos. Todo esto lo tendrá distribuido a lo largo de una ruta que le llevará a la nación compradora.

—Habla como si le admirara...

—Un poco. Tiene muchos espías en todo el mundo. Tal vez alguien del Pentágono le dijo que dentro de dos días llegarían a esta base una compañía de soldados y él se adelantó, vistió con uniformes a sus hombres y se presentó después de disponer lo preciso para la huida una vez obtenido el botín.

—Quizá le sirva su dispositivo para escapar con las manos vacías.

—Strenove no piensa en los fracasos —rio John—. Jamás perdió una partida.

Se escucharon dos golpes en la puerta de acero. Antes de abrirla, John aseguró que fuera no había un pelotón de soldados además del falso coronel.

Strenove entró en el cuarto con los aires de un conquistador que quiere ser magnánimo y está dispuesto a permitir a sus enemigos una rendición decorosa.

—General —dijo mirando a Hagmon—, es obvio que le recalque que todo está perdido para usted. Mis hombres han hecho prisioneros a la mayor parte de la guarnición. Conozco su obligación de radiar a Washington cada cierto tiempo un mensaje codificado para que allí sepan que nada ocurre. Por lo tanto, usted sabe que dispongo de tiempo para volar esta casamata.

Hagmon deglutió, estiró el cuello y contempló al hombre de tez morena y labios gruesos que le sonreía con descaro.

—No perdamos tiempo. Podría decirle un montón de cosas para asustarle, señor Strenove, pero...

—Ah, conoce mi nombre —Sacha volvió la cabeza hacia John—. Entiendo. Ese negro ha debido decirle quien soy. Así sabrá que yo sólo apuesto cuando tengo los triunfos en mis manos.

—¿Qué quiere?

—Vamos, no se haga el tonto, general. Aquí no hay nadie para defender el subterráneo. Quiero lo que está escondido debajo.

—Váyase a la mierda.

—Oh, no quiera emular a los héroes de su país lanzando frases tan prosaicas para que la historia las recoja. Ustedes los yanquis nunca se han distinguido en ese aspecto. Han sido muy vulgares.

—Le he escuchado. Rechazo su demanda.

—Dentro de veinte minutos empezaré a matar a los prisioneros a razón de diez cada cinco minutos.

—Puedo pegarle un tiro aquí mismo.

—Desde luego, pero entonces mis hombres matarían en el acto a todos los supervivientes de la base.

—Será mejor que se marche, Strenove —sugirió Skawa abriendo la puerta de acero.

Cuando Sacha se hubo retirado, el general, pálido, dijo:

—Le será difícil alcanzar el subterráneo. El ascensor se puede bloquear. Además, perderá mucho tiempo intentando entrar aquí. Sin embargo...

—Lo comprendo, general. Usted piensa en sus hombres.

—La mayor parte de ellos siguen con vida —exclamó furioso—. ¿Qué puedo hacer?

—Si le sirve de consuelo le diré que Strenove los matará a todos, a nosotros también, apenas tenga la nave en su poder.

—¿Lo dice porque está seguro o para que no me remuerda la conciencia?

—Es lo que hará Strenove. Ahora usted debe decidir. Aquí apenas disponemos de armas. De todas formas...

—¿Qué está pensando?

Skawa se había agachado para coger de un sillón una caja de municiones.

—Tenemos poco tiempo, pero el suficiente para engañar un poco a Strenove. Sólo un poquito.

* * *

A los cinco minutos de haber abandonado la casamata, Sacha Strenove había ordenado a sus hombres que formasen grupos de diez con los prisioneros. A los demás los distribuyó alrededor de la construcción de hormigón, a la que varios reflectores inundaban de luz.

Entonces ocurrió la explosión en el acceso al subterráneo.

Sacha lanzó una maldición en húngaro y avanzó unos pasos. Cuando el humo se disipó un poco empezó a formar una sonrisa. Pensó que aquélla había sido una explosión ridícula.

Seguro que al negro se le había ocurrido alguna estratagema. Pero no le serviría de mucho. Ordenó a sus hombres que avanzaran con él. Entró el primero en la arrasada habitación. Tosió un poco a causa del humo y miró con ansiedad el hueco del ascensor. Por allí se había deslizado bastantes escombros. Se retiró un poco satisfecho y dijo a los que se agolpaban a su alrededor:

—Quiero un trabajo rápido. Hay que limpiar todo esto. Traed cuerdas, muchas cuerdas. Vamos a bajar a ese cubil de comadrejas.

* * *

Apenas había llegado la cabina a su destino, Skawa abrió la

puerta y empujó al general. En el pasillo estaban los senadores. Carla y Ted. Mientras caía al suelo, les gritó:

—¡Alejaos!

A continuación se escuchó la explosión y la onda expansiva rugió por el hueco del ascensor. Un montón de cascotes cayó sobre la cabina y la hizo pedazos. Todo se llenó de polvo y Skawa se incorporó tosiendo. Tropezó con el cuerpo del general y acabó ayudándolo a levantarse.

Carla se acercó a él y le preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

John miró con desaliento lo que quedaba del ascensor.

—La carga era demasiado pequeña —meneó la cabeza—. No ha obstruido el paso. Me lo temía.

El humo se fue disipando y el general explicó con rapidez a los senadores lo que había sucedido en la superficie.

—Son los rusos, esos malditos comunistas —hipó repetidas veces James Burton. Tenía los ojos vidriosos y se apoyaba sobre el larguirucho Harriman—. Ahora van a saber lo que es bueno, cuando nuestro Presidente ordene el lanzamiento de los misiles. Eso le gustará hacerlo, sí señor.

Hagmon gritó a Harriman:

— Llévese lejos de aquí a ese borracho.

Powells tuvo que ayudarlo. Arrastraron a Burton, quien no cesó de vociferar amenazas contra los atrevidos agresores.

Cuando volvieron Powells y Harriman, el general les aseguró que no eran soldados de ninguna nación rival, sino una partida de terroristas sin bandera, mandados por un tipo llamado Sacha Strenove.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Powells.

—Sólo disponemos del revólver de Skawa —dijo el general—. Creo que debemos permanecer aquí hasta el límite de nuestra seguridad. Si comprobamos que el enemigo va a descender, escaparemos por el ascensor de emergencia.

—Deberá decimos dónde está —masculló Harriman—. No quiso indicarnos en qué parte se encuentra…

—General —dijo Powells—, ¿está seguro que esos hombres buscan la nave?

—Si.

—Eso les obligará a admitirla como algo valioso, ¿no? —dijo Skawa—. Otros han comprendido mejor que ustedes la importancia que tiene.

—¿Qué otros? ¿Los rusos?

—¿Qué mas da? Rusos, chinos o alemanes orientales. En Washington no sospecharán nada de cuanto ocurre aquí hasta dentro de cuatro horas. Para entonces los hombres de Strenove habrán bajado por el hueco del ascensor cuando lo hayan limpiado de escombros.

Skawa buscó una linterna y se asomó después de apartar los aluminios y maderas de la cabina destrozada. Dirigió hacia arriba la luz. Descubrió algunos maderos atravesados y varias rocas. Caía polvo constantemente. De pronto se escuchó un disparo y una bala silbó cerca de él. Regresó al pasillo y dijo:

—General, será mejor que nos vayamos de aquí. Están echando cuerdas —agitó su revólver—. Apenas me quedan cinco cartuchos. No podré contenerlos.

Skawa pensó que debió comprender que su intento de cegar la entrada del subterráneo no podía tener éxito. Era demasiado amplia y la carga que dispuso excesivamente reducida. Había sido más el ruido provocado que los efectos beneficiosos para ellos.

Cuando comentó al general que el ascensor era demasiado grande, éste le respondió:

—Está, mejor dicho estaba, diseñado para que la nave pudiera ser izada por el hueco una vez apartada la cabina y los cables.

Se volvió para decir a Harriman y a Powells:

—Busquen a Burton y llévenlo al hangar.

—¿Está allí el otro ascensor? —preguntó Carla.

—Si —contestó evasivamente el general.

—¿Qué le pasa? —exclamó Skawa—. ¿Se resiste a confiarnos su emplazamiento?

Hagmon bajó la cabeza.

— Lo siento. Sólo caben dos personas en él.

—¿Qué importa? Haremos varios viajes…

—Sí, es verdad.

Skawa lo miró ceñudo. No comprendía la preocupación del general. Si se daban prisa podrían salir de allí todos, aparecer en la superficie muy lejos de la base. Esperarían ocultos la llegada de la

ayuda que Washington no tardaría en enviar.

Hagmon apremió a todos a dirigirse hacia el hangar. Carla fue a coger la mano de Ted y el chico la ocultó en los bolsillos. Miró a la muchacha desafiante.

—¿Qué ocurre?

—No iré.

—¿Qué está diciendo este mocoso? —bramó Harriman.

Ella se revolvió furiosa contra el senador.

—Déjennos tranquilos. Vayan delante. Nosotros iremos ahora mismo. Quiero que Ted me diga a mí lo que le ocurre.

El general asintió y él, seguido de los senadores que sujetaban a Burton, se encaminaron hacia el fondo del pasillo. Skawa permaneció junto al ascensor, con el revólver amartillado.

Desde allí vio que Carla se arrodillaba delante de Ted y le preguntaba suavemente:

—¿Me dirás qué piensas?

El niño tenía fruncido el ceño y apretados los labios. Al cabo de un instante, dijo:

—Quieren irse y dejar la nave.

—No hay más remedio —sonrió Carla—. Ya volveremos por ella.

—No volveremos, y si lo hacemos no la encontraremos. Esos hombres que están bajando con cuerdas se la llevarán.

Skawa había escuchado y atisbo por el hueco. De arriba llegaban luces. Descubrió los cabos de varias cuerdas que se movían. Alargó el brazo y efectuó dos disparos seguidos. Se apartó. Dos cuerpos cayeron sobre los escombros. Seguidamente se llenó todo de estampidos y tuvo que alejarse para escapar de las balas rebotadas.

—Debemos irnos —dijo.

Carla le miró implorante. Skawa sabía que ella no quería obligar a Ted en nada. Giró la cabeza. Desde el fondo del pasillo, en el umbral de la entrada del hangar, el general les hacía señas para que corrieran hacia allí.

Pero Ted seguía sin querer dar un paso.

Hagmon llegó corriendo, muy colorado.

—¡Skawa, agarre a ese niño y venga al hangar!

—¿Por qué no se marchan los senadores en el primer viaje?

El general palideció.

—El ascensor hará sólo un viaje. Cuando llegue arriba un

dispositivo bloqueará el pozo.

Ahora comprendía Skawa el anterior aturdimiento del general. Lo miró con asombro:

—¿Quién tuvo la maravillosa idea de construir un ascensor de emergencia tan pequeño y capaz de hacer un único viaje?

—No lo sé, pero así están las cosas —el general aspiró profundamente—. Quiero que la chica y Ted salgan. No caben más.

—¿Seguro?

—Tal vez uno más. Irían apretados y no estoy seguro si la cabina soportaría el peso —Hagmon miró a Skawa con recelo—. ¿Está pensando en acompañarles?

—Me quedaré. No se inquiete —miró por encima de su hombro a la chica, que seguía queriendo convencer a Ted—. No diga nada a nadie.

—¿Qué espera para coger al niño?

—¿Quiere que me golpee con su mente? —gruñó John—. Trataré de engañarlo y ojalá no lea mis pensamientos.

John observó el ascensor antes de acercarse al niño y a Carla. Caía mucho polvo por el hueco, y el ruido indicaba que docenas de hombres se descolgaban por las cuerdas.

—Vamos a ir junto a la nave, Ted. Allí estaremos más seguros. El general dice que cerrando la puerta impediremos a esos hombres que nos la roben.

Ted accedió a caminar de la mano de Carla. Cuando Skawa se acercó a Hagmon, éste le dijo:

—La compuerta no resistirá nada —con rabia arrojó la llave al suelo—. No se puede cerrar desde el interior.

—Usted y sus malditas medidas de seguridad —gruñó Skawa.

Cuando llegaron al hangar sólo pudieron hacer deslizar las dos hojas de metal sobre los rodillos. Al volverse Skawa, lanzó un grito. Allí sólo estaba el senador Burton, tumbado en el suelo y cantando algo incomprensible.

—¿Dónde están sus compañeros —preguntó el general.

—Harriman y Powell son unos tipos muy listos, general. Encontraron su maldito ascensor y se han largado —sonrió, dio un manotazo y añadió—: Dijeron que debíamos darnos prisa. Cuando lleguen allí nos enviarán esa caja de sardinas que usted dice es un ascensor. ¡Valiente porquería!

Hagmon agarró al borracho por la camisa y lo zarandeó. Skawa intentó separarlos y el general golpeó a Burton en la cara antes de arrojarlo al suelo.

—¿Qué ocurre? —gritó Burton acariciándose la mejilla golpeada —. ¿Acaso quería ser el primero? ¡Váyase a la mierda, general! Me tiene harto y diré al Presidente que es usted un maniático.

—Maldito borracho —escupió Hagmon.

Carla se acercó y preguntó lo que ocurría.

Furioso, Hagmon contó que, una vez arriba, el ascensor no podía bajar.

Ted corrió hasta la nave, la miró y luego se volvió para decir a los demás:

—Me alegro.

CAPÍTULO X

John Skawa escrutó el lugar por donde el ascensor había partido hacia el exterior. Durante un momento se aferró a la esperanza de que bajase la cabina. Escuchó al general:

—Es inútil, Skawa; no regresará.

En un rincón, Burton gimoteaba, sollozaba a veces y, las menos, despotricaba contra todos, contra cuantos su mente borracha recordaba como posibles culpables de su situación.

Carla estaba asomada a la puerta. Ni siquiera podían cerrarla del todo. Por el resquicio, John echó una mirada al pasillo.

Los hombres de Strenove, con uniformes del ejército, salían del ascensor. Había ya más de una docena en el pasillo. Descubrió a Sacha, que se arrimaba a la pared. Buscó la protección de la entrada de un dormitorio y gritó desde allí:

—¡Es inútil que resistan! Si se entregan no les pasará nada. Sólo quiero lo que está cerca de ustedes.

Skawa disparó. Había apuntado a Sacha. Después de haberse arrepentido de no matarlo arriba en la casamata, ahora pensaba que tal vez sin su jefe los demás desistirían de continuar adelante.

La bala rebotó cerca del quicio de la puerta y acabó hundiéndose en el techo.

Skawa sabía que sólo le quedaban tres proyectiles, pero esto lo ignoraban sus enemigos, quienes sólo podían conjeturar que él era el único poseedor de un arma, pero ignorando cuánta munición le restaba.

Strenove volvió a gritar:

—¡Les doy los últimos cinco minutos!

Skawa se encogió de hombros y se retiró de la entrada. Miró con odio la nave. No le gustaba morir como un ratón enjaulado. En realidad le repugnaba morir. Tenía demasiado apego a la vida. Sentía una profunda desesperación al no ser capaz de encontrar una salida a semejante situación.

Se dejó caer en el suelo y quedó sentado, haciendo girar el revólver por el guardamonte, y la mirada fija en el cemento del suelo. No se percató de que Ted estaba junto a él.

—¿Te asusta morir, Jack? —preguntó el niño con una sonrisa

cálida.

Skawa abrió los ojos asustado.

—Claro que si —respondió cuando comprendió que aquel diablo de piel negra y cara de niño incapaz de romper un plato se había metido en sus pensamientos. ¿Cómo podía impedirlo?

—¿Qué quieren esos hombres?

— La nave.

—¿Para qué?

—Tal vez para que otros hombres la examinen y descubrir su secreto. Puede que más adelante pretendan fabricar otras semejantes.

Ted sonrió con más fuerza.

—No es posible hacer otra igual, ni tampoco convertirla en pedazos para saber qué la hace amistosa a unas personas.

—¿Como a ti?

—Como a mi, sí, Jack, ¿esos hombres te harán daño si te quedas aquí?

John deseó que el chico no estuviera ahora leyendo su mente porque sus pensamientos eran demasiado sucios.

—Me matarán. Y también mataran a Carla.

Quería hostigarle, que llegara a odiar a Strenove y los suyos. Eran pensamientos sucios lo que pretendía inculcar al niño, se dijo. Pero no se le ocurría otra solución.

—Pobre Carla. Ella es buena. Pudo haber sido mejor, más feliz. Tú no eres malo, y el general es un desgraciado porque está desequilibrado —miró a Burton, ahora adormilado—. Ese carece de importancia.

Skawa se incorporó despacio, sin dejar de mirar los ojos de Ted, lo único que le parecía sobrehumano en la pequeña figura del niño. Se preguntó si no estaba poniendo en marcha algo que sería imparable, y de lo cual tendría que arrepentirse.

Ted se encogió de hombros.

— Me gustaría que Carla me acompañase, pero ella perdió su oportunidad hace tiempo. ¿La cuidaras, Jack?

—Sí, desde luego.

—Estupendo. Ella te quiere. Me lo dijo.

—Yo también la quiero.

—Ven, Jack.

Carla se había aproximado. Se frotaba las manos, nerviosa. Skawa

intuyó que la muchacha, además de haber escuchado su diálogo con Ted, presentía algo, lo que el niño había decidido llevar a cabo.

Una voz lejana les devolvió a la realidad.

—¡Se acabó el plazo!

El tiempo marchaba en dirección desfavorable para Strenove y éste ordenó el ataque.

Una lluvia de balas cayó sobre las planchas de la compuerta. El estrépito en el subterráneo era ensordecedor. Pese a éste, Skawa oyó a los hombres de Sacha correr por el pasillo hacia el hangar, disparando sus armas.

El general había arrastrado a Burton hasta cerca de la nave. Era el único lugar donde podía refugiarse, el último. Skawa asió a Carla de una mano y la obligó a acercarse a la entrada del vehículo. Al volverse vio que Ted estaba dentro y desde allí, donde las luces de las paredes brillaban más que nunca, les invitaba a entrar.

Ayudó a Hagmon a poner en el interior a Burton, luego instó a Carla a ascender, dejó que el general subiese y entonces él dirigió el cañón de su revólver contra la puerta que en aquellos momentos estaba siendo abierta por los falsos soldados de Sacha.

Disparó las tres balas. Su visión estaba nublada y no supo si había alcanzado a alguien. Era una masa gesticulante de uniformes la que irrumpía mientras las puertas se deslizaban hacia los lados. Vio a Strenove delante de todos, sonriente, como saboreando su victoria.

Skawa decidió que debía saltar dentro. Algo golpeó su pierna y en seguida la vio manchada de sangre. Se sujetó al borde de la esclusa circular, incapaz de izarse al interior.

El dolor de la herida aumentaba y sintió un mareo. Entonces una fuerza poderosa lo elevó del suelo y se encontró tendido en el suelo de la nave, rodeado de la poderosa luz de las paredes. La esclusa comenzó a cerrarse, y antes que lo hiciera del todo pudo mirar lo que ocurría fuera.

Docenas de soldados corrían hacia la nave, apuntándola con sus armas. Ocurrió en el hangar algo extraordinario, como si un huracán hubiera estallado dentro. Los hombres se convirtieron en monigotes que volaban, siendo golpeados furiosamente contra una pared, para luego ser lanzados sobre otra.

No pudo ver más porque la esclusa se cerró. Creyó percibir un movimiento suave, como un temblor que recorriese la nave.

Volteó la cabeza hacia proa. Ted estaba allí acuclillado delante del pequeño panel con luces de colores. En realidad no eran luces, sino una emisión de vida cambiante la que surgía de las medias esferas.

Miró a Carla. Ella permanecía seria, casi imperturbable. Parecía conocer mejor que él lo que ocurría. El general yacía sentado junto al inconsciente Burton, anonadado.

La vibración cesó súbitamente y la esclusa se abrió. Estaba en el exterior, bajo la noche del desierto.

Mientras el general salía después de poner sobre la tierra al senador, ahora algo más despierto, Skawa y Carla se volvieron hacia Ted. La chica le preguntó:

—¿Por qué lo vas a hacer?

Skawa no lo entendió rápidamente, pero guardó silencio. Debía dejar que la chica hablase. Él no podía decir nada.

Ted avanzó y sus ojos tenían la expresión de un niño de su edad. La suficiencia adulta no campeaba ahora en ellos. Tomó las manos de Carla y le dijo, sonriendo:

—Es necesario —apartó las manos de ella y abarcó con un gesto al interior de la nave—. Me han comunicado que será mejor para mí. Son como yo, y también un poco como tú, y casi parecidos a Jack. No te inquietes. Llegaré a mi destino sano y salvo.

Carla se inclinó para besarle en las mejillas. Se apartó de él con esfuerzo. Skawa tuvo que ayudarla y entonces recibió la expresión de amistad de Ted, como si le diera las gracias por la colaboración que se esforzaba en darle.

Afuera, Skawa descubrió cerca la mancha negra de la chimenea por la que había salido la nave del subterráneo. Al otro lado de unas colinas estaba la base, inundada de luz. Ahora quieta, sin gente de Strenove moviéndose en ella.

El general había dejado tendido a Burton, apoyándolo contra unas rocas. Iba a moverse cuando se quedó paralizado al ver que la nave se volvía hermética. Ya no estaba Ted al otro lado de la esclusa.

Despacio al principio, durante unos segundos, el vehículo del pasado se elevó del suelo. Cuando alcanzó una altura de unos cien metros se convirtió en un fugaz resplandor y desapareció.

Hagmon corrió hasta llegar al lugar donde había estado aposentada. Gesticuló como un desesperado y bramó lleno de rabia.

Skawa lo ignoró. Tomó a Carla por los hombros y la acercó a su cuerpo al notar que ella temblaba ligeramente bajo el frío de la noche del desierto.

—¿Lo logrará?

—Ted llegará adonde se ha propuesto. Quienes estuvieron aquí hace miles de años le recibirán como un amigo, y comprenderán que quien no pudo escapar de la Tierra, al menos dejó su vehículo para otra persona que será feliz.

— Lo dices como si estuvieras muy segura de todo.

—He llegado a comprender a Ted. Desde el principio él pensó en escapar. Me dijo que lamentaba que no pudiera acompañarle.

—También pareces lamentarlo tú, ¿no?

—Oh, vamos. No digas tonterías.

Callaron. El general abrió los brazos, como agotado, y dijo:

—¿Qué diré yo ahora en Washington?

Skawa sonrió.

—No tiene más remedio que informar de la verdad.

Al cabo de un rato aparecieron Harriman y Powells. Llegaban de detrás de una colina. Explicaron que allí les había dejado el ascensor y entonces comprobaron, apenados, que no podían hacerlo bajar de nuevo.

Quisieron saber lo que había pasado y cómo habían llegado ellos hasta allí. El general emitió un ronquido y se alejó. Skawa señaló al otro senador y les dijo:

—Ocúpense de él. Vamos a regresar a la base.

—¿Está loco? Estará llena de enemigos.

—Nuestros enemigos han sido eliminados. En cambio debemos prestar nuestra ayuda a los prisioneros. Dentro de unas horas llegarán las tropas de ayuda. ¿No creen que ustedes deben ponerse de acuerdo con el general Hagmon?

—¿Para qué?

—Cuando Hagmon se serene y acabe admitiendo la verdad, tendrá una difícil entrevista con el Presidente —sonrió Skawa, tomando a Carla por la cintura y empezando a caminar hacia las luces de la llanura. Apenas le dolía la pierna.

Los senadores protestaron, pero se ocuparon de su colega. Los tres formaron un grupo tambaleante que pretendió acortar distancias, alcanzar al general que caminaba de prisa.

Skawa alzó la mirada al cielo. Las estrellas parecieron guiñarle en la clara atmósfera. En alguna de ellas estaría Ted dentro de poco. ¿O ya estaba en su destino?

¿Qué podía saber él acerca del tiempo subjetivo para una mente como la de Ted?

FIN